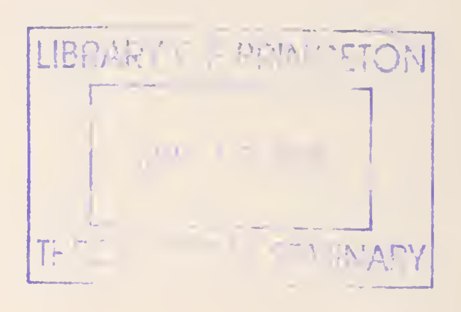




Solidaridad

11



Agosto 1944

B U E N O S   A I R E S

CORRESPONDERIA *ocuparnos en estas primeras páginas de problemas internacionales actualísimos y de importancia trascendente ya que la Argentina no tiene animosidad contra ningún pueblo de la tierra. Muy al contrario; pocas naciones han dado tantas muestras como la Argentina de sentimientos verdaderamente pacifistas y prácticamente solidarios. Jamás animó a nuestro país el deseo de expansiones territoriales y nadie como nuestro pueblo tan respetuoso del honor ajeno pero al mismo tiempo nadie como él tan celoso de su soberanía.*

En síntesis: en el orden internacional abrigamos la esperanza de que nuestro país sea claramente comprendido de suerte que con la buena voluntad de todos se limen las asperezas y se facilite el mutuo entendimiento para bien y grandeza de los pueblos de América y del mundo. Porque sería imprudente olvidar nuestra gran dependencia de Europa y lo que le debemos. Por otra parte, Europa será en la próxima post-guerra un mercado importante para nuestro país y por lo que respecta a Francia (y a otras naciones europeas) si es verdad que poco antes de la guerra habían llegado a un repugnante grado de corrupción, no es menos cierto que ya han purgado, al menos, parte de su culpa. Y tampoco estamos en estado de gracia bautismal los hijos de muchas grandes ciudades americanas para que nos erijamos en severos jueces de los países del viejo mundo. La serenidad en cualquiera de los entusiasmos y la visión panorámica de todos los problemas para solucionarlos *son signos significativos de buenos gobernantes.*

●

En el orden interno, no tendríamos espacio (ni aun dedicando a ello toda la revista) para comentar como se merecen las múltiples obras llevadas a cabo en todos los aspectos. Desde la aparición de nuestro número anterior, sólo la Secretaría de Trabajo y Previsión ha puesto en movimiento tantas y tan importantes obras de mejoramiento social que no nos es posible comentarlas ni sumariamente. La Dirección de Trabajo y Asistencia de la Mujer a cuyo frente se ha colocado a una persona de talento y responsabilidad, basta para aquilatar la preocupación de un buen gobernante. Este, como otros muchos problemas sociales, olvidados por la politiquería, deberían haber preocupado a los directores de la Res *pública, desde hace más de* 40 *años.*

En resumen: en el orden interno son enormes los progresos realizados y las mejores en beneficio de numerosos gremios obreros que han reaccionado en forma asaz elocuente.

●

El 17 *de este mes se ha celebrado en nuestra patria el* 94 *aniversario del fallecimiento de nuestro héroe máximo, arquetipo de valores morales y espirituales de todas las naciones y de todos los tiempos.*

El Gran Capitán, vencedor en San Lorenzo, Chacabuco y Maipú; el Libertador, interlocutor de Guayàquil y Protector del Perú; el nervio y sostén del Congreso de Tucumán; si sólo se hubiera adornado con estos timbres de gloria, habría sido ya grande como cualquiera de los notables guerreros que han impresionado y asombrado a los pueblos. Pero San Martín fué mucho más grande que todo esto. Porque cuando hubo realizado ya su epopeya y podía recoger como tantos, los laureles de sus triunfos, tuvo la grandeza moral de declinar honores y retirarse al silencio. Y entonces se constituyó de hecho en ejemplo vivo del simple ciudadano que cumple con estoica lealtad su deber. Fué generoso, sin anuncios, sin boato, sin alarde, sin gestos. Fué desinteresado sin renuncias vanidosas ni alejamientos rencorosos. Fué abnegado olvidándose de sí mismo para no olvidarse que el verdadero patriota es el que está dispuesto a todas las pruebas y a todos los esfuerzos. Destinado por la Divina Providencia para ser el campeón de la emancipación americana correspondió a la gracia de Dios siendo a la vez ejemplo de militar disciplinado, de hombre público pundonoroso, de estadista reflexivo, de caballero intachable, de ciudadano honesto. Grande en la vida pública y grande en la privada, grande en las alturas y grande en el llano, grande conduciendo y grande dejándose voluntariamente conducir. Grande siempre. José de San Martín no fué un héroe, fué una misión, pero una misión cumplida con la misma exactitud que cumple su recorrido el astro brillante que voltea su esplendor por la tangente de su órbita sideral. San Martín fué caudillo, fué conductor, fué héroe y en cierto modo fué santo. Es el santo de la espada y uno de los obsequios más admirables con que Dios honró a la Argentina y a la América.

Cuando nos referimos a este genio tutelar de la Patria, toda ponderación es pálida. Nada de exageraciones ni de entusiasmos infundados. Léanse las biografías de nuestro Gran Capitán y en cada rasgo de su existencia se observarán detalles de una vida llena de orientadoras ejemplaridades. Por eso, a San Martín se le imita, se le sigue, se le consulta en el amplio contenido de su documentación, se le recuerda en los monumentos de paz y en los instantes de peligro, se le venera siempre.

Don Félix Frías, que presenció su muerte, nos la describe así:

"Veintiocho años ha pasado (San Martín) en su voluntaria proscripción, sin que jamás haya salido de sus labios una sola palabra de queja, a pesar de que la calumnia y la ingratitud hicieron llegar más de una vez al apartado lugar de su retiro los destemplados clamores, que jamás conturbaron la paz de su alma. Ese es el puerto, sí; el mismo generál en momentos en que le afligían sus crudos dolores decía a su hija, tan digna por su virtud de ser heredera de su gloria, en el idioma del pueblo que habitaba: "C'est l'orage qui meme au port". ¡La tormenta que conduce al puerto! ¡Bellas palabras llenas de verdad! ¡Cuál otro que la muerte es el puerto en que descansan, después de las fatigas de la vida, los hombres como el general San Martín!".

Si hubiéramos de permitir a nuestra sinceridad y a nuestro amor al Padre de la Patria todo lo que una y otro nos empujan a escribir, deberíamos dedicar al Héroe Máximo, al menos todo un número de nuestra revista. Haga Dios que todos los argentinos sepamos inspirar nuestra conducta en los ejemplos magníficos del Arquetipo José de San Martín, que por ser nuestro nos brinda el mayor título de nobleza a que se puede aspirar.

Enrique Benítez de Aldama

Solidaridad

REVISTA MENSUAL
Calle SARMIENTO 412 - Piso 1.°
U. T. 71 - 8090 - Buenos Aires

DIRECTOR:
Doctor Enrique Benítez de Aldama



Solidaridad de los Católicos Americanos para la unidad del continente. Unidad del continente para la paz del mundo

Año I — Agosto de 1944 — N.° 11

EL NIÑO Y LA GUERRA

LA solidaridad verdadera, que no puede ser otra sino la cristiana, tiene una misión importante frente al dolor y a los sufrimientos del prójimo. Por eso, el padecimiento actual de la mayor parte de la humanidad no puede serle indiferente.

No cabe duda, que los más desdichados en cada guerra, son los niños. Y en esta guerra la más cruel y sin piedad que conoce la historia humana, las condiciones de existencia de los niños son pavorosas. Inocentes y sin medios de defensa padecen una verdadera tragedia. Sus sufrimientos físicos y morales han sido y son tan grandes, que miles de ellos no pudiendo soportar más la extrema miseria, y la desolación, han perecido en brazos de sus madres (los que tenían madres), o se han perdido abandonados.

Otros que resisten todavía a la muerte, están detenidos en su desarrollo. Enfermos, hambrientos, desterrados de su patria y de sus hogares, separados de los padres, perdidos entre las ruinas de ciudades y aldeas destruídas u obligados a trabajos forzados que exceden a sus fuerzas, depravados y desmoralizados por la brutalidad de la guerra, viven una gehena inaudita.

En Polonia, especialmente, que es la primera víctima de una guerra total y destructora, la vida de los niños es espantosa.

Ultimamente el oficio de la asistencia social de organización subterránea en Polonia publicó el memorándum sobre la suerte de los niños polacos.

Se pide socorro para 500.000 niños, pero el memorándum subraya que si estos niños no reciben ayuda rápida les espera una muerte angustiosa. Estos niños reciben sólo una tercera parte de calorías, albúminas y grasas que son necesarias para el organismo del adolecente. Los niños polacos de tres a diez años reciben un 45 por ciento de las albúminas, un 56 o|o de hidratos de carbono y 7 o|o de grasas. Los niños alemanes de la misma edad reciben un 173 o|o de albúminas, un 203 o|o de hidratos de carbono y un 147 o|o de grasas.

El pueblo polaco para salvar a sus niños organizó con la ayuda americana de la "Commission for Polish Relief" cocinas públicas y otros diferentes centros de alimentación para auxiliar de esta manera a unos 300.000 niños.

Desgraciadamente en 1942 los ocupantes cerraron todos estos centros y prohibieron esta ayuda. "Abteilung für Soziale Fürsorge" declaró que no se puede alimentar y ayudar a los niños polacos cuando en Alemania los niños mueren por los ataques aéreos. La crueldad de los ocupantes para con los niños de

Polonia ha llegado hasta el punto de que en las ciudades, los niños polacos no tienen derecho ni al aire ni al sol en plazas y squeres. En todas partes aparecen las leyendas: "Nur fur deutche Kinder" (Sólo para los niños alemanes).

Además, miles de niños polacos han sido enviados por los ocupantes a Alemania para hacerles trabajar en fábricas y campos; sólo del distrito de Bialystok han sido enviados 700 niños de 12 a 15 años de edad.

Existen también otros hechos que no tienen nombre (para usar una frase vulgar), y que son contra todo derecho natural y contra toda ley moral. Aludo a los casos en que se quitan a los padres polacos sus hijos, para enviarlos a los "Institutos de mejoramiento de la raza" donde se educa en el espíritu nacional-socialista a los ciudadanos del Reich; y también a los casos inhumanos de tomar la sangre de los niños para transfusionarla a los soldados alemanes heridos.

Este método de barbarie y de exterminación contra la futura generación de Polonia es horroroso y criminal. La historia lo juzgará en toda su gravedad cuando pase la violencia de las pasiones. Es también increíble lo que han sufrido y sufren centenares de miles de niños polacos, desterrados en Rusia o semi-sepultados en las soledades de Siberia.

Poseemos muchas fotografías con las que podríamos ilustrar y demostrar la verdad de cuanto afirmamos respecto a más de un millón de niños polacos arrancados a sus hogares y desterrados de su patria. Algunas de estas fotografías las hemos prestado al director de SOLIDARIDAD para que puedan ser consultadas en la *Administración* de esta revista por cuantos lo deseen.

No queremos dar fin a este artículo, sin citar la carta de Genoveva S., niña polaca afortunadamente libertada de los horrores de Siberia.

Escribe de Polish Childrens Camp, Balachadi Jmnagar —India— a su tía que vive en Norte América.

La tragedia expresada en forma infantil en la carta de la chiquilina S. es la misma por la que pasaron cientos de miles de familias polacas, deportadas por los bolcheviques.

La familia de Genoveva se componía de 8 personas. Dice así:

"En Siberia murió delante mío mi papá, mi hermanita Cecilia, y después ella murió Juanita. Todos estaban hinchados de hambre. No hemos tenido nada que comer. Todo lo que teníamos lo vendimos para comprar comida. Cuando no hubo nada para vender se murieron de hambre... quedábamos todavía cinco. Cuando viajábamos durante 12 días por el río, murió Mónica y tres días más tarde Tadeo. Estanislao estaba muy enfermo y tres días después que salimos del barco, murió él también. Lo enterraron los cosacos en una fosa, al lado del camino y a Tadeo y Mónica los enterraron al lado del río. Ahora quedo solo yo y mamita. Cortábamos las ramas de los árboles de algodón. Acá, mamita y yo hemos estado enfermas de tifus, pero después de cuatro meses nos curamos. Y hemos recortado yerbas para comerlas cocidas, así no más sin pan, sin nada. Mamita no podía caminar más, sino con bastón. Estaba tan flaca que tenía sólo huesos y pronto murió.

Ahora estoy yo sola en Bombay. Acá, estoy muy bien. Me cuidan personas polacas, pero no estoy alegre, siempre lloro porque me acuerdo de mi familia... Estoy también triste porque tengo en la cara lupus (enfermedad de la piel)."

Después de leída esta carta, huelga todo comentario. En esta guerra, los millones de niños inocentes sacrificados son como un inmenso holocausto por la humanidad desviada de su camino.

El mundo no puede permanecer indiferente ante el sacrificio de tanto inocente. Esos niños, que sufren tan atrozmente son víctimas del egoísmo del mundo que tiene el imperioso deber de salvarlos. Y precisamente salvar a los millones de niños que mueren de hambre, frío y peste sobre las ruinas de sus hogares, será *una de las más grandes victorias en esta guerra.*

Juan Oficjalski

Notas de Arte

Exposiciones de Fidel Roig Matons y Jorge Casals

Razones obvias, de espacio y tiempo, nos obligan, muy a pesar nuestro, a prescindir por completo de las muchas y calificadas exposiciones de artes plásticas realizadas este mes en Buenos Aires, para ocuparnos preferentemente de las obras de Fidel Roig Matons y de Jorge Casals, quienes en la Subsecretaría de Cultura, Posada 1725, y en el Salón Kraf, Reconquista 319, respectivamente, realizaron sendas exposiciones, de cuadros al oleo el primero y de tallas en madera el segundo. Procedemos así, porque ambos artistas supieron aunar a la superior realización de un "metier" acabado, un contenido argentinista que es en sus obras como un soplo de la tierra.

Después de seis años en que nos asombrara con su exposición de temas samartinianos en la galería Müller, vuelve Fidel Roig Matons con su "Segundo ciclo pictórico, 1939-43", también referido a la gesta emancipadora. Son cincuentra y cuatro telas que comentan gráficamente el "Histórico paso del Portillo" y reflejan el escenario y los hombres. Paisajes de un cromatismo subyugante, en que la cordillera es presentada en su áspera belleza: crestas abruptas recortándose nítidamente sobre el cielo azul, verdes intensos en los valles, pastos ardidos, troncos contorsionados y por todas partes el aire sutil de la montaña, la vibración intensa de la luz cimera. En veces, el agua purísima de las neveras baja fría y azulada, coronándose de espumas y remansándose en espejo; en otras, la neblina desvanece con sus cendales los contornos de las cosas.

Con intención melancólica evidente, varias telas han sido dedicadas por el pintor a presentar el histórico manzano donde el general San Martín, una noche del año 1823, camino del voluntario destierro, durmió en una carpa. Un juego estético que se diría recuerda a la "suite" de Monet, pintando a la Iglesia de Nuestra Señora de París a distintas horas del día si no fuese perceptible la distinta posición intelectual. El asunto de Roig Matons no ha sido la luz como en Monet sino esa soledad eviterna de las cosas que contemplaron mudas el tránsito de una gran presencia.

La tela principal de la exposición de Roig Matons es la que lleva por epígrafe: "Regreso del general D. José de San Martín después de su gran epopeya libertadora, predispuesto al ostracismo, y encuentro con Olazábal en la Cumbre del Portillo". Reconstrucción

cuidadosa donde el artista se ha documentado prolijamente. Lo refrendan once estudios expuestos junto a la obra principal y que son al modo de testimonios de los lentos pasos dados hasta la realización definitiva. La escena es grandiosa y triste. Las figuras de San Martín y de Olazábal trasuntan viril ternura. El corto séquito del vencedor de Maipo habla por sí de melancolía y de regreso, de empresa consumada y decepción. Y si la majestad de la montaña, levantada al fondo como una gigantesca ola de piedra, no abruma a los hombres con su masa es porque los hombres son demasiado grandes.

Algún crítico, con criterio burgués y adocenado ha lamentado la falta de no sé qué tisquimisquis de técnica foránea, quizá recordando las telas teatrales de Gericault y otros pintores de batallas y de historias; pero esta composición veraz y sin empaque se defiende sola en su sencilla factura, y el pintor logra con sobrios medios comunicarnos su sentir. También es digna de recordación especialísima el espléndido retrato de San Martín, subtitulado: "Nobleza y modestia", donde el general aparece, según fidedignas referencias históricas, vistiendo la indumentaria que usaba especialmente cuando reconocía las posiciones enemigas.

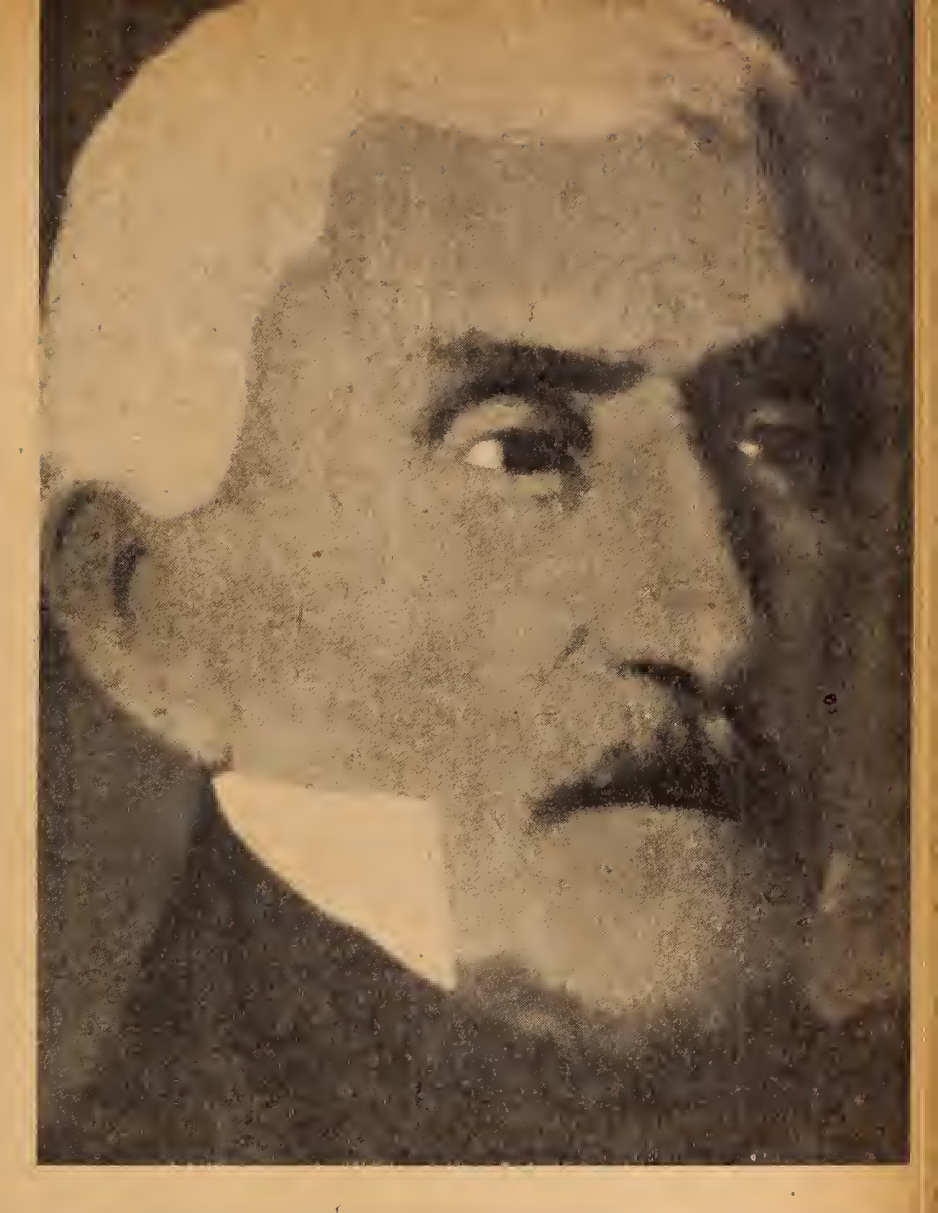
Y son dignos de aplauso la Comisión Nacional de Cultura, los ex-ministros de guerra general don Carlos D. Marqués y general Juan N. Tonazzi y el Ejército Argentino que han cooperado a la realización de esta obra, con sus eficaces medios.

Exposición de tallas en madera de Jorge Casals.

En el salón Kraf se exhibe un considerable número de tallas en madera realizadas por el escultor español Jorge Casals, sobre dibujos del conocido artista Luis Macaya, e inspiradas en el célebre poema de José Hernández, "Martín Fierro". Son estas tallas a modo de corporizadas ilustraciones a las numerosas ediciones del poema que también se exhiben en el mencionado salón. Y ha decirse de las mismas que sorprende como casi prodigioso, que un artista extranjero, en el corto lapso de cinco años, haya podido producir una obra tan copiosa y tan llena de carácter, que de manera tan cabal, presente al vivo los personajes y los distintos pasajes del poema.

Gauchos, soldados, mujeres, indios, caballos, bueyes, perros, carretas, todo un mundo singular y heterogéneo, pintoresco y viviente, han hallado expresión en estas tallas al grotesco. Vive la pampa de hace un siglo en ellos; vive en sus marchas fatigosas, en sus danzas, en sus combates, en todos sus usos y costumbres; vive agreste, sufriente, resignada, esperanzada y bárbara. La técnica empleada es nerviosa, a grandes golpes de gubia y de buril, sumaria y directa, prefiriendo al pulimento la expresión. No creemos que ninguno de nuestros artistas puesto en el caso, pudiera haber superado esta interpretación plástica del poema de Hernández, realizada por el español, Jorge Casals, sobre dibujos de Luis Macaya.

Miguel Sotomayor



Daguerrotipo del General San Martín. 1848.

Campo

Día de mi verano,
sin sol y con un manto de ceniza
dulcemente alto y lejano,
de grises resplandores.
Día triste en su misma primeriza
opulencia de cálidos verdores.
Día de pausa amarillenta y calma.
(El frío se lo siente con el alma).
Gama de gris en verde
por todo el valle abierto: los verdes apagados,
los verdes soñolientos,
los verdes enfermizos, fatigados,
y los lentos...

●

Se diluye la vista, y el oído
diría que se afina.
Cuánta canción de pájaro escondido
se registra, ya lejos, ya vecina,
como un temblor de estrellas traducido
en notas por la tarde cristalina.

●

Marcho errante o extático detengo
mi pie, llevo en las manos la escopeta,
pretexto con que vengo
a ser un cazador de perspectivas
y relleno morrales de poeta
con metáforas vivas.

Cada nota me llama
y me alboroza al tiempo que me asusta.
Cada día dispongo de una rama
para el estreno de una rosa justa.

●

Aquí en este algarrobo derramado
hay escondido el corazón de un nido.
Un pajarito cerca detenido
todo el día ha cantado.
Su canción es la misma
canción y en ella el pájaro salvaje
gozándose se abisma.
Una sola canción llena el paisaje.

●

Y aquel rosal enano y solitario
que enarbola su rosa, resplandece
con luz propia en la verde lejanía.
A la Virgen María
se parece la rosa,
más rosa si más sola.
(Alma mía, y a ti ¿quién te enarbola?)

●

Mi alma se va flotando
dulcemente gozosa y temerosa
por los caminos en el aire blando;
y marcha preguntando
por el árbol, el pájaro y la rosa.

N i c e   L o t u s

Palos a uno y otro

por Garrote

Por mí y por ti, lector de mi alma

PORQUE tú y yo sabemos que el miedo de volvernos locos o de trastornársenos el seso acongoja el alma con angustia incomparablemente peor que la del miedo a una lepra o a la mordedura de un can rabioso. ¡Qué noches las noches aquellas de nervios cuando preparábamos enflaquecidos y esmirriados el examen de toda la filosofía, van años ya!

En los cajones del velador rodaban los tubos de bromurol y neurinace ¿te acuerdas? Y el dolor de aorta fijo ahí, en medio del pecho, como un estoque vífido y envenenado. ¡Qué noches, luego de apagar la luz, cuando nos quedábamos a solas con los nervios! Poco a poco comenzaban a danzar en nuestros ojos, millares de pajaritas caleidoscópicas y toda una espectrografía roja y de repente la cabeza nos daba un coleo de birlocha y el cerebro nos parecía que se iba agrandando redondo, redondo como un universo que se centrifuga y expande en fragmentación fosforescente, con cascada de estrellas y mucha policromía, en medio de un delirante rugido de sirenas. ¡Qué noches!

Y nos parecía que nos deshacíamos en mil fragmentos, que hasta el alma se nos pulverizaba y el yo se nos diluía absorbido por el universo. Al propio la angustia que debiera padecer un ser consciente a quien se diera Dios el placer de irlo reduciendo poquito a poco a la nada de donde lo sacó. Y, de pronto, un arietazo fulmíneo de corazón nos dejaba automáticamente sentados en la cama con los ojos perfectamente despiertos —¿te acuerdas?—. Una transpiración helada en la frente, y en el reloj exactas las tres de la mañana. Dios de mi vida, ¿en qué parará esto? Y luego del congojoso insomnio, un tenebroso ensueño de pesadilla.

A la mañana, ojerosos, atenaceado el cerebro, enclenques y atolondrados nos tocaba recoger los calificativos de neurasténicos, maniáticos, histéricos, neuróticos, psicópatas, psicasténicos y otros primores con que nos regalaban nuestros dulcísimos íntimos, muy sanitos ellos, bien dormidos y hechos a no reconocer más enfermedad que la que en el termómetro deja cuarenta grados redondos y en la cantimplora una disentería. (Perdóname, querido, no sé cómo te digo esto en forma noble). Luego, el bruto del enfermero; no lo olvidaré así como así, que me las pague; y el superbruto del médico que lo componía todo con nucleodyne, veinte gotas de belladona, evite salsas y tome aire. Y lo que es como aire tomábamos todo el del universo.

Es de los peores terrores el de volverse loco y nada amable lo saquen a uno engañado al Hospicio de las Mercedes, a los reinos penumbrosos de Estéves Balado a quien yo la vida entera quisiera tener por amigo de mi alma pero no de mis nervios.

Llevávamos años, tú y yo, libres del miedo a la demencia, y hasta nos figu-

rábamos que todo aquello había sido cosa de juventud, aortitis de muchachez, vencida con el desarrollo y el hacerse uno grande, cuando sin sospecharlo tú y yo hemos empezado otra vez a entrar en desazón y a sufrir colapsos de aquello, como si un pedazo de primavera juvenil nos sorprendiera con un golpe de frío que nos pesca desprevenidos en pleno verano vital, provocando un estremecimiento.

¿Sabes qué ha ocurrido en nosotros? Que anda por el mundo una ola contagiosa de histerismos, manías, neurastenias y otros alifafes de éstos, que aún los cuerdos se sienten un poco comprometidos; y cuanta fibra enclenque hay dentro de uno se pone a vibrar, si la dejan, a tono con la común locura.

No trato de sembrar terrores ni de exagerar las cosas. Pero ¿díganme si no están de moda los degenerados, y si el país no se nos vuelve endémico o manicómico, díganme?

Han pasado ya los tiempos de la psicología sensacionalista. Los Anatole France, los Keyserling, los Ortega y Gasset, los Waldo Frank, encaramados al escenario del Odeón o a la tribuna de Amigos del Arte, no se permitirían ahora diagnosticarnos paranoiquías y demencias y síndromes, endulzada la píldora con pasadas de manos, arrullos a la generosidad argentina y arrumacos a la guapeza de nuestras mujeres, sin correr el grave riesgo que corrió acá el propio Waldo Frank.

Sí, pasó el tiempo en que para hacerse escuchar se daban los farfulleros y charlatanes a descubrir en las gentes ocultas locuras y a tenderles, como quien dice, a la vista de todos las sábanas húmedas. Pasó, y no lo voy a repristinar yo, un poco aquejado siempre de miedo a las manías y a la humedad hipertiroidea.

Asciende la pleamar de los degenerados

PERO como la baraúnda europea finiquita, está ello a la vista, y la *relâche* de la guerra fué siempre una fuerte ola de demencia, de salacidad y de desocupación, anegando las ciudades, es hora de defender la paz como hemos defendido la guerra, y tiempo ya de gritar: *¡alerta con los dementes!*, o como en las novelas de piratas: *¡degenerados a la vista!*

Me creo preparado por mi mismo temor, humildemente confesado, a la neurastenia, parienta de la degeneración, para tratar el tema con dulzura. El degenerado, aún el degenerado moral, es ser digno de misericordia como el canceroso y el pecador, para que yo me ensañe contra él. No adhiero a los que piensan que toda neurosis, o psicosis es precio de pecados personales. Tan no pienso así que creo neurótico a carta cabal a algún santo canonizado. Pero de esto no quiero hablar ahora.

Antes que Alfredo Adler y George Dumas y Oliver Brachfeld nacieran y cuando el viejo Freud era un *guagua*, ya reconocidos psicólogos como Pritchard, Krafft-Ebing, Mandsley, Max Nordau y muchos más habían observado la creciente de degenerados mentales que asciende en pleamar dentro de las *ciudades artificiales*, según las llama Spengler; esto es, en las grandes urbes cosmopolitas, en las que no se venera nada tradicional.

El lema: *Ubi bene ibi patria*, mi patria está donde huelgo a mis anchas, constituye la ejecutoria del semidegenerado. Y para la holganza no hay clima más propicio que el clima cosmopolita.

No me reclamen una definición científica de este ser teratológico. Pues ni hace al caso ni creo posible pueda dársela. Cuanto me propongo apuntar ahora irá perfilando sus rasgos, irá describiendo o etopeyizando en ésta o en aquella nota al enfermo mental. Que tampoco puedo prometer observarlo en

todas sus aristas (pues ni las sé siquiera) trazando un cuadro exhaustivo. Anoto los de más bulto, cuanto vengo observando acá en la metropiltana en que vivo y callando nombres todos los que pueda para no herir como es mi deber, con puro amor patriótico y anhelo de dar alertas sobre este mal amenazador.

Por otra parte, si un ramplón estreñimiento ventral no ocurre con idéntico proceso ni padece igual terapéutica en dos individuos, y cada organismo ofrece sus peculiaridades, ni que decirlo de los tarados mentales. Fauna múltiple, variadísima, con innumerables géneros y especies aún por clasificar, algo así como los himenópteros o los curculeónidos entre los insectos.

Porque desde el *demimonde* hasta el psicópata que vive en una inconsciencia perpetua y como en ininterrumpida catalepsia o arrebato de histerismo, imaginen las variedades enriquecedoras de esta porción de la grey humana.

De otro costado, y quede ello dicho *semel pro semper*, multitud de morbos, anomalías mentales y miedos de perder el seso son del todo inculpables y hacen presa en el espíritu de seres muy santos. ¡Si lo sabré yo que vivo entre ellos!

Dejo de lado, pues, conversar sobre psicología religiosa y sobre neurosis místicas. Trazo tan sólo ahora la iconografía del degenerado psíquico moral, del maculado de gran ciudad, del éticamente debilitado que de ordinario goza de musculatura atlética, despide cuando se baña olor a animal sano, y suele ser tetrarca de la buena mesa y de los habanos.

Demimonde dije hace poco no sé por qué. Pues, ya ven, éste, el *demimonde*, apenas merece el nombre de neurótico. Trátase de un simple tarado moral. Creo que la nomenclatura pertenece a Alejandro Dumas.

Demimonde designa al hombre que por sus liviandades ha perdido el sentido de la moralidad y del pudor social. Es el individuo que aparece una noche en el abonado del Colón con una amante que se la refriega a los ojos de toda la sala. Es —voy en ejemplos— el agiotista de provincias, que allá en su ciudad rodea la mesa familiar con su señora y sus diez hijos formando un respetable hogar tradicional; pero unos días al mes los divierte en venir a la Metrópoli, importándole un bledo del escándalo, a hacerle el amor a la maestra departamentada y a presentarla en las confiterías.

El *demimonde* es el que dió una asonada y armó una tremolina, o estafó al erario cuando hombre público y a quien la sociedad seria saluda a medias y rehuye un poco en penitencia por sus fechorías.

Este ser tómase represalias del mundo *intolerante* (!) hace del que lo desprecia. Y si en la Fiesta de la Vendimia las damas recatadas lo dejan a solas con la hetaira o con la divorciada que lleva del brazo, él en cambio sabe el atractivo enorme que ejerce entre las *demimondes*, y se compensa paseando con desfachatez ante las narices de las mujeres irreprensibles, sus éxitos donjuanescos en ese mundo cada día mayor de las hermosas descocadas.

Porque, no es dado negarlo, en la gran ciudad ejerce un poder fascinante entre las señoras que leen Laoztsé y lloran con Guerra Junqueiro: Como la *demivièrge* es el plato favorito de los muchachos libertinos cuando programan tardes de domingo en la costa del estuario.

El *demimonde* ha perdido el sentido de la moral y el sentido del papelón. Pero le interesa sobremanera que los demás conserven ambos sentidos para poder vivir él y medrar. Por ello es predicador moral y predicador sincerísimo. Nótese que los hijos del *demimonde* suelen ser muy morales, muchachos a veces de Acción Católica, chicas de comunión frecuente y que no deben un solo examen en el Instituto. No sé quién fué el que observó que las hijas de la divorciada salen un primor de honestidad, muy mejores a ratos que las niñas del matrimonio de cristianos viejos y patriarcales, y casi siempre más duchas y precavidas. Y no es de extrañar, porque también la divorciada suele gastarlas

muy morales en sus prédicas. Quizá ello explica un poco el misterio por qué de hogares archicristianos brotan vástagos irreligiosos, y cómo es que en hogares irreligiosos se crían hijos meritísimos y todo un espécimen de moralidad.

Elegantes

EL *demimonde* y, en general, los degenerados morales poseen la franquía (y de acá el peligro) de que al revés de los degenerados físicos se hacen simpáticos, atrayentes, son *locos lindos* para una fiesta, y como dicen acá, *churros* o elegantes cuando acompañan a las damas. Sencillamente se presentan como seres triunfadores en las reuniones de semitono social. No digo en las de gran tono, en las que no cuenta, o para decirlo en jerga: *van muertos.*

Ejercen atractivo especial sobre la mujer. Fácilmente escalan puestos públicos o ascienden jerárquicamente en las reparticiones de estado, porque son hombres interesantes, audaces, inescrupulosos, y no pierden tiempo en calibrar la moral de los medios de que se valen para sus logros.

El degenerado físico, con sus miserables estigmas, raquitismo, deformidad, orejas sin lóbulo o adheridas, estrabismo, babeo, carota asimétrica de embólico y otras nanas no muy pulcras tórnase repulsivo y la sociedad lo centrifuga despiadadamente. Un ser así es radiado sin perdón. Le vence el complejo de su morbo, se encanija en su minusvalía, o hablando en pedante, en su *Minderwertigkeits Gefühl.* Le invade el *sentiment d'infériorité.* Se siente eso: *minderwertig*, siguiendo en pedante. No forma hogar. Desespera sexualmente. Si posee dinero la familia lo reduce tarde y mañana al interior de la casa donde pasa largas horas muertas, con la pobre nurse impecune que al cabo le cobra cariño y le entiende y se entienden. Empero muy otra es la suerte de los degenerados mentales que abundan —¡mi madre!—.

Tengo que decir ya que la degeneración moral producida por el pecado vuelto hábito, es decir, sincerado y defendido y canonizado en la conciencia, acopla cierta degeneración mental. Sin llevar ésta a la demencia toca los lindes de la cordura, de suerte que no anduvo errado Mandsley cuando a tales degenerados los llamó *fronterizos.*

De ley ordinaria el degenerado ético-mental se juzga a sí mismo normal cien por cien. Y aunque conceda que padece cierta deformidad moral, si no ha perdido del todo el decoro, niega impertérrito la más mínima desorbitación mental. Vale decir, que podrá a veces atribuirse alguna corrupción, pero de ninguna manera acepta la más mínima deformidad psíquica.

Marcel Proust, Paul Bourget y James Joyce los han retratado en su obra literaria de manera, a mi ver, insuperable, constatando siempre el empeño sintomático de que hacen alarde por mostrarse normales psíquicos; que de su anormalidad moral, como dije, hasta hacen gala.

Estos seres son ferozmente egotistas. Afirmé recién que el gremio de los degenerados éticomentales es variadísimo. ¡Oh, sí! Los hay efectivamente egotistas, paranoicos, minusvalentes, cleptómanos, alcaloideos, morfinómanos, hiperestésicos sexuales o salaces, con la gama abundantísima de psicopatías que estudiaron Havelock Ellis, Krafft-Ebing, Ivan Bloch, el pobre Weininger, Binet, Westphal, Hirschfelf e infinitos más.

(Pero me he propuesto no decir palabra sobre salacidades. Así les doy en la cabeza a los celotes que andan por allí diciendo que yo no sé hablar sino de eso, y que no considero al hombre nada más que del vientre abajo. Confunden lo que hago con lo que ellos desearían que hiciese para agarrotarme. ¡Sotretas! No les daré pues con el gusto. Que se recoman las tripas de envidia, como decía mi abuelo, el padre de mi madre, un español de frases gráficas).

Grafómanos

ENTRE las manías contemporáneas ha cobrado auge colosal la que Lombroso llamó de los *grafómanos*. Son locos lindos, y a la postre inofensivos.

Sienten en el pulso la necesidad de escribir, de legarle al mundo las maravillas que en el interior descubren. Creen que la única vida grande, inmortal y verdaderamente proficua es la del *escribidor* que da sus ideas y sus miras a la posteridad.

Pergeñan sus cuartillas como si guiaran la batalla de Austerlitz. Es decir, figúranse que cuanto escriben es recibido por la historia con ansias. Yo me explico así la pululación actual de *escribidores*. (De propósito les vengo negando el término de escritores).

Muchos de ellos son seres faltos de pudor, que sólo hallan grande cuanto destilan. Individuos que vuelcan su ausencia de reposo en las ideas y su confusión y viento en sustantivos abstractos y en universalizaciones pedantescas. Malos escritores e incapaces de fijar un concepto en una palabra preñada, en un cuadro, en un toque henchido de sugerencias. Jamás se apean de su universalismo ni bajan de sus ondeos de águila sobre el pico del Aconcagua.

¿Pretensiones? — Lo que es como pretensiones las tienen ilimitadas. Y, si son poetas se tiran a muerte unos a otros, con calificativos que ponen verde. Incapaces de reconocer mérito ninguno más allá de sus fronteras son seres enfatuados, de los que me prometo hablar despacio en un comentario próximo.

Cuando los grafómanos comanditarios dicen de uno que es poeta, ya puede éste escribir majaderías, confusiones pasatistas y renglones dislocados, el hombre es poeta y sálvese quien pueda. El lo cree. La camarilla lo pregona. Y usted, que lo niega es perfecto botarate; aunque ni él ni la camarilla que lo arrodrigona ni persona racional alguna entienda un comino de la jerga llena de abalorios, oropeles, artilugios y faramallas que el hombre gasta en el adobo de sus *poemas*.

Los *grafómanos* suelen ser deshumanizantes en materia de arte. Llámanse artistas puros y presumen buscar la hermosura de las esencias. Cazan al vuelo las metáforas, y persiguen la belleza sin signo, al decir del Padre Taparelli. Como si en esta vida pudiéramos hablar sin voz, mirar sin color, pensar sin imágenes y andar por las esencias sin analogías, con purísimo concepto *proprium ex propriis* de los divinos arquetipos embebidos en las entrañas de los seres que pueblan el universo y que participan, con lejanísimo destello, un algo de la belleza esencial, para que los humanos poseamos un trebejo con que distraer nuestros pasos errabundos en este destierro del perdido paraíso.

Los *grafómanos,* como las cornejas y los pingüinos, van en majadas, o como los peces en cardumen. El oficio los entrelaza, los zurce, los anilla. ¿Recién los llamé peces? Los llamé mal, debía decir pejes. Y prueban ser tales el día en que se cansan de admirarse, de incensarse, de endiosarse, de enfatuarse; cuando uno una vez da un trancazo y le canta las claras al otro entonces —los vieran— se tiran mordiscos, y las revistillas o las páginas literarias que los *affiataban* vuelan al diablo.

Es pena que en Buenos Aires los escritores divinizándose, elogiándose desmesuradamente, fomentándose mutuamente un orgullo que no les deja ver vicio alguno (*superbia intellectus*) se yugulen y truciden y maten.

Tenemos pocos, poquísimos escritores. Piérdense en nuestro medio talentos literarios por ese besuqueo y zalamería con que se tratan dentro del corro; como en la cuna tanto besar las tías al crío lo vuelven maricón. ¡Mejor díganle los vicios a la cara y que se haga hombre! Aprenderá a escribir claro, a no aspamentar, a no vivir de farfullería, y a decir lo poco que sabe, y de no a no decir nada.

El *grafómano* cuando es cursi y sensiblero vive de adherencias. Su prosa carga más perendengues que las sayas de una gitana. Porque son buenos lectores dan en creerse buenos escritores. Saben sentir un poema de Ponferrada, de Bernárdez, de Fernández Moreno, y al leer a estos grandes, como a los caracoles de profundidad les rumorea algo allá en el corazón. Pues con eso sólo creen que ya son verso vivo, que son poetas, que el alma les da sonido propio, y que deben decir al mundo lo que les pasa. Cuando en puridad de verdad no son más que rumor, eco y resonancia de aguas soterrañas. Leen un libro bueno que les hace vibrar, y van luego zurciendo los propios entecos renglones con esas trepidaciones producidas por la inspiración y la armonía ajena.

Creense escritores porque sienten a un escritor, y poetas porque sienten a un poeta. ¿Sonoridades propias? Ninguna. El corazón no se les conmueve frente a la vida en la que han ido a buscar desde siempre acentos inéditos los escritores de verdad.

Iconografía del degenerado vulgar

UNO de los síntomas relevantes de lo mucho que cunde la degeneración psíquica pueden hallarlo en el entusiasmo de las masas por los criminales a quienes se los supone cumbres de degeneración, o ejemplares excelentes de la fauna, y por tanto dignísimos de atención. El semidegenerado es un ser que se cree incomprendido. Anda siempre quejoso de cuantos le rodean. Parécele mediocre el ambiente de la familia, de la oficina, del club. Y tiene razón, pues se ve precisado a chocar con cuanto normal le sale al paso.

El semidegenerado es extranjero en su propio hogar o cuando más buen pensionista. Las veces que no le acomete la impulsividad y cuando no estalla en colerina suele ser bien educado y obsequioso.

Con razón se ha notado que no le interesa nada más que su yo, que su *simismo*, que lo propio. Porque es ser introvertido, narcisista y autólatra.

En amor cree que toda mujer se prenda de él con sólo la mire. Por supuesto, le oirán asegurar que jamás le resistió fémina alguna, cuando la fulminó con sus ojos y relatará éxitos estupendos. No les crean. Estos no vencen ni a la cocinera mientras la mísera no sea una tarambanita del tres al cuarto. Pero prometí mutis al tema, y a cuanto huela a él.

Vamos entonces, señores, a ver otros aspectos del fenómeno. El semidegenerado se enfatua con suma facilidad. Si se le crea atmósfera de loa, de adulonería y nadie le hace sentir donde terminan sus derechos y comienzan los ajenos vuélvese estrafalario, cae en ridiculeces sin cuento, y en un repelente delirio de grandezas.

Conocí un maniático, cuarentón el hombre, medio achinado, con aladares cenicientos y pómulos salientes de calavera, que publicó un librillo de versos confusos sin rima ni ritmo ni poesía ni seso. Una zoncera en fin, y cosa sosísima. Un día, no sé por qué, le dije: "lindos, amigo, sus versos", que yo no había leído. Noté que a poco andar desapareció el poeta de nuestro lado. Fuimos observando sus amigos, y nuevas y nuevas experiencias nos llevaron a la conclusión de que al hombre todo era mencionarle su engendro para que sintiese la necesidad imperiosa de restituirse inmediatamente a su casa en la que cerrado con llave leía sus versos de cabo a rabo. Me dijeron que los declamaba a gritos, vuelto un energúmeno, y que la delectación estética le dejaba no sé si amansado o desfallecido durante largas horas. Era una especie de delectación morbosa de la peor calidad. De más está anotar que el hallazgo de esta manía nos vino de perlas para centrifugar al fenómeno y pasar momentos agradabilísimos.

Todo lo bruto, áspero, intratable, voluntarioso y déspota que es el semidegenerado en la intimidad familiar, afínase en sociedad, exagera atenciones y comedimientos, se endulza y le gusta exhibirse amoroso.

Siente un temor mítico a la sociedad, como un hotentote ante un lagarto, y cuida de no disgutarla, como el indio teme ofender al ídolo familiar.

Cuando *vienen viejos* les da por lloriquear. Se les adelgaza el alma, se les acaramela tan pegajosamente que es impresionante verlos con los ojos granates y la cara feota de llorones que ponen. Pero en el mundo moderno no es sólo el viejo exdonjuan el emotivo. A toda una legión de degenerados se les aflojan las cuerdas líricas y se les resfría el corazón por cualquier airecillo. La propaganda comercial, en el cine, en la revista y en la radio explota con suma viveza esta degeneración.

Echese una mirada, siquiera sea superficial, a las transmisiones radiales, a los programas de la ópera o del cine. La truculencia y patetismo de los novelones, el lloriqueo astroso de las recitadoras de versos, el éxito de las canciones mejicanas, la furia por oír mil veces La Bohème en el Colón, los *Tú y Yo*, y las *Pausas para la meditación* con que adormecen el éter los declamadores, todo ello documenta a las claras el grado de corrupción del gusto estético a que vamos llegando. Todo ello (y ciertas letrillas tangueras pringosas, que me olvidaba nombrarlas) está llenando de histerismo el país. Que me contradigan si nó los psicólogos y los sacerdotes y quienes tengan trato con almas.

Max Nordau había dicho: "La emotividad excesiva es estigma intelectual de todo degenerado". Este ser es fácil de verdad en mudarse de la ira a las lágrimas. Los morfinómanos, los histéricos, los dolantinómanos, los narcisistas, los agotados de nervios verálos Usted proclives al patetismo y lagrimeo. Si se analiza con un poco de profundidad el hecho se hallará que el secreto resorte provocador de tales crisis de sensiblerías es casi siempre una solapada manía de grandezas y una desilusión de héroe que avivan en el ánimo del degenerado la gemebunda cancioncilla, o la muerte de Mimí, o la letrilla de un tango sarnoso.

El cree que sus derrumbes interiores son prueba de superioridad artística, de supercomprensión estética, de magnitud humana, y que lleva su fardo de dolor como una prenda que le dió el destino y no como una lacra que le dió su degeneración. ¡Y sáquele Usted de su engaño!

Ni es preciso decirlo. En las maniáticas la emotividad patológica las lleva a amar a los monigotes del bibelot, que a las mil maravillas recogen el desbordamiento amoroso que debieran recoger los hijos. ¡Y cómo se enamoran las miserables de una chuchería cualquiera, y la besan hasta gastarla y se acuestan con ella!

—"Los osos, los maridos bonachones y los italianos han venido al mundo para divertir a la gente, como lós perros falderos divierten a las mujeres sin osos, sin maridos bonachones y sin italianos", me decía uno.

—No fuera nada que las diviertan, le repuse. Lo malo es que el cachorro las enamora y a sus bellones prendido se lleva el amor de esposo, de hijos, y quiera Dios que no de amante de las pobrecitas. "Chúmbale, hijito, chúmbale" oí decir a una dama que acompañaba a su perro.

Yo conozco una inglesa altota, esmirriada y pelo de paja que realiza cada día la empresa heroica de sacar a paseo a su gozquejo, sujeto a una cadenilla, al que no le bastan todos los árboles de la calle Callao para acabar de deshidratarse. Y lo chusco es que por las señas pareciera que hasta la misma ama lo acompaña en el esfuerzo cuando el animalillo emprende su acometida hidráulica.

LA emotividad —¡quién iba a imaginar!— hácelos por sus pasos sugestionables y mentirosos. Tienen borrados los contornos de lo real u objetivo y de lo que sueñan o de lo subjetivo. Y saltan sin percatarse de una a otra ribera. Por eso mienten a porrillo.

Cuando esta gente por tercera vez repite un engaño ya se lo convirtió en verdad, ya la cosa sucedió tal como ellos la cuentan. Y, puesto caso que la histérica (para tratar un poco también de ellas) de ley común padece egotismo y arde en ansias de atraer sobre sí la atención, es protagonista siempre de sucesos notables y de aventuras maravillosas. En la peluquería, ¿saben Ustedes? le ofrecieron y no lo quiso el número de lotería que luego sacó la grande. En la calle la siguió un cura. ¿Imaginen a quién tenía al lado en el cine? —Pues, a la de Olmos. ¿Y en el Luna Park? —Pues, al Presidente. Contradígala Usted, explíquele que no puede ser porque anda el pobre atareadísimo recorriendo las provincias. "¿Qué? Si lo vieron con sus propios ojos y al cabo las llevó en el auto presidencial a la confitería".

Porque estas ilusas no se paran en barras ni las gastan chiquitas. ¡Y a todo esto óigalas con qué chillidos tratan de persuadir a las gentes! Razón tenía Schopenhauer cuando dijo: "Dióle la naturaleza para su defensa al león garras, al elefante trompa, al jabalí colmillos, al toro cuernos, a la jibia tinta para enturbiar el agua en su derredor, y a la mujer... chillidos".

Las histéricas de Buenos Aires, y son legión, se enamoran fácilmente del actor de cine, o del foxtrotero de la radio. Y ríen, visten, cursilean y se empolvan *propio como* los artistas que las hechizan. Cuando a un hombre le confiesan cariño o se le declaran no imagina el desdichado que es puro pretexto para que amen en él al astro del cine o al ídolo de la radio.

Dedúzcanse de aquí los chascos y las bromitas de tomo y lomo a que todo esto da lugar. De lo que se sigue también que el amor de las histéricas resulta harto inflamable, como que lo vienen caldeando desde Dios sabe cuánto tiempo. Y precisa el hombre ser muy ducho para advertir que está siendo objeto de un matute o de un truco amoroso de mala ley, y que si se descuida lo llevan al Sacramento de mero representante o de mediero, que dicen. Y adivinen luego con quién esas se habrán casado (en lo psicológico), y si hubo Sacramento (en lo teológico), y qué obligaciones surtió el matute (en lo jurídico), y qué asuntillo de *esperar contra toda esperanza* salió de allí (en Hugo Wast); quiero decir, qué suculento novelón se les viene encima.

Faltos de pensamiento y abúlicos

EN otros casos el semidegenerado tórnase ser incapaz de pensar nada con rigor ni de penetrar en lo hondo de asunto ninguno ni de leer un libro substancioso, ni de aprender un idioma o un oficio que requiera atención; y se refugia entonces en lo superficial y sensiblero.

Vuélvese adínamo intelectual. Se llena de tedio de sí mismo. Hácese voluble, tornadizo, repite hasta el hartazgo las mismas tonterías, pregunta cien veces el número del teléfono, y cuando anda de las malas se enzaina contra todo el mundo. (*Enzainarse* quiere decir que es traidor; y, cierto, lo es en sumo grado).

Las revistas modernas con su acopio de ilustraciones, sus síntesis y sus selecciones satisfacen admirablemente esta patología de las masas y la fomentan.

¿Abúlicos? — También lo son. Pasarán diez años sin confesarse no porque

carezcan de fe católica o porque tengan impedimentos, sino francamente por puro degenerados.

Yo me explico así el porcentaje enorme de los que abandonan sus carreras con capacidad para ellas, de los que cambian de casa casi cada mes, de los que visten un sombrero en cada salida, de los que no están quietos en ningún lado.

No son capaces de leer ni una novela psicológica del tipo de las de Bourget, Flaubert, Stendhal, Bordeaux; nada digamos de Turgeneff, Tolstoi o Dostoiewski. Se dan por satisfechos con cuentos de revistas profusamente ilustrados, como que tienen las entendederas harto sopladas. Y cuando leen novelones se ven precisados a anotar en una página supletoria los nombres de los personajes y los parentescos para seguir el hilo del relato, pues padecen una amnesia feroz. En el cine todo se van en preguntar al del lado, estorbando soberanamente, quién es ese que aparece ahora y aquél, qué significa esto y estotro, y cuál es el ladrón. Retienen con esfuerzo. Se surmenagean de nada. El degenerado superfeta sus conceptos. No los retiene. Los arroja inmaturos. No le resisten los nervios una elaboración normal, porque no le va el juicio reposado.

De aquí el triunfo del cuento caliginoso, del cuadro borroso, del tango infartado, del romanticismo que se prende al humo ondulante del cigarro cuando le atraviesa un rayo del sol caleidoscópico, y de tantas otras zonceras.

Y revolviendo en su magín pensamientos en embrión y sentimientos semiinhibidos, fugaces y neuróticos pasan largas horas de sopor halagando sus acidias o flojedades mentales, envenenando de escurrajas las dendritas y paladeando el gusto moroso de sus sensorreas.

No vaya a creerse que el degenerado mental carezca siempre de ingenio. He hallado tarados de notable capacidad intelectiva. Leía hace poco un libro escrito por un paranoico manifiesto a quien su desequilibrio y megalomanía, vertida a diestro y siniestro en toda la obra, no le ha vedado aciertos intelectuales y sorprendentes en temas que logra estudiar usando las partes todavía sanas y poderosas de su utillaje mental.

Aún hoy no faltan quienes hallan justificada la antigua definición de Lasègne: "Todo hombre de genio es un neurótico". Por lo menos pareciera que el genio se paga el estipendio de dejar algunas zonas del cerebro en que se aloja abiertas a la demencia como puerta falsa por la que escapa de antuvia a hacer sus picardías a la hora en que los normales mondos y lirondos menos iban a pensarlo.

El genio es un mal pagador del sentido común. Por eso anda siempre resentido contra los tributarios cuidadosos, contra esos seres mesurados, animales sanos de nervios que no se excitan al trabajo intelectual ni con cigarros ni con copetines ni con alcaloides ni con pócimas de cafeína, y que hacen su rutina a horario preciso. Gente gorda la supernormal, seres frecuentemente amenazados de embolía cuyas caras bermejas y mandíbulas barbitaheñas no se inmutan por nada del mundo.

Hay genios sanos. Chésterton uno de ellos. El extraordinario poderío literario no se tomó represalias desequilibrando otros elementos de la vivencia chestertoniana.

El genio semianormal no ofrece peligro en tanto la anormalidad no llegue a romperle un diente a la interior rueda catalina; que si tal cosa logra se produce rápidamente el derrumbe.

Schopenhauer era asaz estrafalario. Padecía honda manía persecutoria. Candidato clavado al loquero salvó sin embargo su libertad con el acierto de encauzar sus manías hacia la producción de obras innegablemente grandes, con diabólica grandeza a las veces. Fué, en suma, un paranoico genial, bien administrado, a quien la filosofía tiene mucho que agradecer.

Y la poesía y la música y las matemáticas y la cultura humana han sido poderosamente empujadas —decía Lombroso— por la demencia. Innegable es que muy buenos poemas labraron Verlaine y Rimbaud bajo los vapores del copetín, justificando la bohemia, y que no pocas maravillas debussynianas, que ahora arrancan lágrimas a las damas en los conciertos, brotaron al conjuro del chartreuse.

Uno aquí me dice que precisa azulada atmósfera de cigarros para su faena literaria; y que es en los trenes, cuando se engolfa el humo ocioso de los avantis, donde suele hallar muy buenas ideas. Puede que así sea. Yo, en cambio, de mí sé decir que ni para un examen escrito de seis horas, que una vez di, precisé doparme; y me fué bien.

Superchería



OTROS semidegenerados se entregan a una religiosidad mechada de misticismo, a una devoción tabú, a un fervor de negros. Es increíble la dosis de superchería que cargan estos enfermos. Podría hacerse un prolijo catálogo de las prácticas fetichistas de moda entre la gente de sociedad y la del pueblo.

Desde los que viven intimidados por sueños monitorios hasta los que entremezclan novenas con levitaciones de mesillas, pasando por los devotos de la madre María, por los que se arrojan a recoger una pestaña suelta en el ojo del otro, por los que piden a Dios se les comunique con los números capicúas de los boletos del tranvía, la superchería religiosa va revistiéndose de variedades sorprendentes.

El culto popular a determinados santos (es evidente que estoy pensando en San Judas Tadeo) asume en el fanatismo de las gentes un franco carácter de epidemia espiritual. Y van en su día las multitudes a hacerles la visita impetratoria mensual con alma de musulmán que visita la Meca, no con espíritu sobrenatural de cristiano.

Este culto de la peor laya es una filoxera de la piedad cristiana que se propaga velozmente haciendo verdaderos extragos en las almas. Pues las devotas de estos santos de gran moda son por lo común gente que sosiega sus remordimientos y sincera sus pecados con visitas y rezos fetichistas.

En el interior uruguayo me admiró el valor que dan las gentes a los presagios de los sueños para jugar a las quinielas. La terminación soñada constituye una fija en la semana. Juegan al número relacionado con algún ensueño, y consultan como a amauta o agorero al dotado de ese poder de ensoñación.

Un vecino de Treinta y Tres ha hecho fortuna con sus sueños quinieleros. Una noche sueña con sus cerdos —me decía—; pues en la semana juega a los siete de la última parición de la gran cerda madre. Sueña con el establo; pues a la mañana va el hombre muy en secreto a desenterrar latas y chapas viejas de autos a caza de una terminación que lo ponga sobre la pista para sus aciertos en las quinielas.

Pero no es patrimonio tan sólo de rurícolas e ignaros, que han llenado la religión y la medicina de fetichismo, también este mal o esta patología ha atacado la ciudad. Bajo una piel de zorro plateado la señorita que sale del templo metropolitano va rezando los nueve padrenuestros de San Antonio a los que atribuye un efecto mágico. No tienen cuenta los adulterios e infanticidios (esta es una palabra más suave que *abortos*, la cual —cierto— era la propia para expresar lo que quería), pues sí, los infanticidios que se subsanan con una visita a la Virgen de Pompeya o de Lourdes.

Siete padrenuestros y un vaso de cerveza con unas gotas de... (vamos, no me atrevo a decirlo; se trata de un humor que separaba a las judías del trato íntimo según precepto del Deuteronomio) son eficacísimos para cautivar

o enamoriscar un novio. Y súmense aquí innumerables estupideces similares divulgadísimas.

No sé si antes lo dije. Como el semidegenerado no puede pensar nada con hondura los conceptos religiosos le resultan inaccesibles. Entonces, una de dos: o los traduce groseramente, como el que no puede concebir un cielo sin prostitutas ni borracheras; o reduce la religión a no matar y no robar; y lo que no es eso, pues santo y bueno. (¿Cómo me ha de reprochar Dios si yo les pago siempre? me decía un parroquiano del serrallo; y si nó esas pobres ¿de qué viven?).

Oiga Usted dialogar a médicos, a abogados, a profesores de Universidad, en los postres sobre un tema de metafísica o de abstracción. Se comportan como los jayanes y los destripaterrones. Charcot y Magnan y el viejo Lombroso y el viejo Legrain, nada diré de los modernos freudianos y no freudianos: Adler, Dumas, etc., están contestes en asegurar que la neurosis y la histeria indisponen para la abstracción metafísica.

Es la de la abstracción filosófica la primera zona mental que desaloja la demencia. No ocurre lo mismo con las zonas de las matemáticas. El número y la letra poseen un sabor a ajedrez o a tablero de dama. Abstraen menos las matemáticas que la filosofía; y a menos que la degeneración haya avanzado profundamente permite el juego de los números.

Carne de comunista

VIVE el semidegenerado ensoñando fantásticas mejoras sociales. Rumia planes descabellados. La sociedad le impone dominio de sí mismo, le deja sentir presionados los contornos de su personalidad, cuando él quisiera esponjarse como una medusa diluyendo blandamente sus tentáculos en el océano.

De ordinario el semidegenerado es resentido pertinaz contra el orden social establecido que ofende a su vida parasitaria.

Los llamo parásitos y los son aunque desempeñen puestos públicos. El oficinismo ofrece clima harto favorable al parasitismo. Por lo común en la oficina se marcha al ritmo de las recuas que se eternizan en las roderas del altiplano.

Lagrimean ensoñando cambios políticos o cambios sociales en el mundo que desterrarán, así lo creen, el dolor, las hambres y las ignominias. Aman líricamente a los miserables. Pero ese su amor es un sentimiento similar al que les lleva a compadecer al capo de la banda muerto a tiros por los policías en una tremolina callejera.

Ello explica que los semidegenerados tomen tan a pecho la *struggle for life*, la lucha por la vida. Y son struggleforlíferos peligrosísimos. ¡Ay del mandatario a quien *le tomen idea*, como ellos dicen; es decir, a quien empiecen a mirar con desabrimiento porque no les da con el gusto en todas sus pretensiones que las tienen insaciables! A tuertas o a derechas acabarán con él, con él que no hizo otra cosa que aumentarles los salarios, edificarles viviendas, acortarles las horas del trabajo y abaratarles el pan y la carne. Hacer demagogia con el populacho y los semidegenerados que llenan la ciudad equivale a cavarse uno mismo la fosa. Sobre todo cuando esa demagogia consiste en darle piolita a la birlocha o en aflojarles la cuerda para ganarles la voluntad, sean o no sean atendibles sus reclamos.

Y epilogando, porque esto ya va largo, referiré el siguiente diálogo que ayer oí en el subterráneo y que muestra otra cara de la locura que nos acomete, y es la cara boba, la cara simplista, eso de solucionar con remedios infantiles cosas complejas. Y va el diálogo:

—¿Qué partidos —decía el uno al otro— gobiernan ahora en la República.

—Con Rosas o contra Rosas.

—¿Pero, eso es histórico?

—Aquí, señor, no hay historia. Aquí sólo hay historiadores.

—¿Y qué es aquí un historiador?

—Un señor que ha tomado un trocito del siglo pasado, el que interesaba más a sus ideas políticas y en fin de cuentas a su situación en el presupuesto, y lo ha convertido en clave y centro de la historia que no existe.

—Y un socialista aquí ¿qué es?

—Nada.

—¿Y un demócrata?

—Ni chicha ni limonada.

—¿Y un radical?

—Antaño un peludo ogaño un pelado.

—¿Y un comunista?

—Un desocupado.

—¿Y un nacionalista?

—Un apurado.

—¿Y un judío?

—Un *jodío.*

—Y la política ¿qué es?

—Una agencia de noticias dirigida y un editorial de fondo en la prensa de vez en vez.

—¿Y los partidos políticos?

—La manchancha que los dueños verdaderos del dinero y del poder tiran a la cara del pueblo, para que en tanto dura la rebatiña les dejen tiempo para sus especulaciones al por mayor.

—Y, entonces ¿qué son los jefes de partido o los políticos y los tribunos y los abogados y los altos oficinistas?

—El escuadrón de seguridad encargado de contener las balandronadas del *pueblo soberano.*

—Y ¿a quién ellos obedecen?

—¡Si lo supieran! Porque los dueños verdaderos de la libertad, que son los dueños verdaderos del dinero, no sabe el pueblo libre y soberano dónde están.

—¿Pero, existen?

—Mire, Usted, junto al Paraná sesenta elevadoras de granos, en el Chaco noventa y tres demontadoras de algodón, en Mendoza cincuenta bodegas y un solo misterioso dueño de todo ello que se llama S. A.

—Y ¿quién es S. A.?

—Un señor que despierta en París, almuerza en Londres y cena en Nueva York. Todo en un mismo día. Ese es S. A.

Así decían. Y como siempre los ingenuos y los bobos soltaban a volar cosas terribles. Yo no aseguro que eso estuviera bien ni que estuviera mal. Yo sólo digo que tiemblo ante las verdades de los bobos. También la locura posee sus aciertos.

Crónica Cinematográfica

En lo que va del mes hasta el momento de cerrar esta crónica se han estrenado en las salas de la Capital películas de procedencia diversa pero de calidad parecida, es decir, ninguna de aquellas que la crítica seria pueda destacar como valor estimable por algún concepto en la gris uniformidad de la actual producción cinematográfica. Y si alguna como "El halcón del desierto", con los halagos del tecnicolor, los escenarios exóticos y sus animadas escenas de aventuras guerreras, pudiera exceptuarse, el argumento de corte adocenado, convencional y pobre, la equipara sin mayor pena junto a cintas como "El hombre de la calle", "Noche de ronda", "Peligro en Damasco", "Alégrate mundo", "El huésped Nº 13", "La reina de las apuestas", etc., que insisten interminablemente en situaciones gastadas y esas complicaciones incongruentes con que se pretende reemplazar la fantasía.

"VIEJA AMISTAD"

Solamente esta película dirigida por Sherman y estrenada en la sala del Gran Cine Ideal de esta Capital, merece comentario aparte.

Bette Davis y Miriam Hopkins son sus personajes principales, junto con el galán Gig Young, y casi no hay que decir que la interpretación de las dos grandes artistas, en conjunción de méritos y bajo una dirección hábil, realzan el contenido humano y profundo del argumento.

Como el título sugiere trátase de un antiguo lazo afectivo que une dos disímiles almas de mujer; la una, Bette Davis, serena, dulce y firme, es la que mantiene encendido contra toda peripecia el fuego de la amistad; la otra, Miriam Hopkins, intemperante, veleidosa, altanera, pero con una secreta fibra de humanidad y de ternura en su corazón, es la que da pábulo al conflicto. Los celos, la calumnia, pugnan porfiadamente por desunir a estas dos almas, pero, en la nobleza y firmeza de la una encuentra refugio y sostén la inestabilidad y flaqueza de la otra. Son dos tipos humanos ni demasiado ejemplares ni demasiado sublimes, pero como arrancados de la vida, pasionales, incompletos, reales. A lo largo de toda la trama un recatado álito de poesía templa las ásperas contingencias del vivir. Cuando todo se desvanece, la soledad de ambas mujeres haya consuelo en el refugio de su vieja amistad que en definitiva ha sido lo único real de sus conturbadas existencias.

Sobria, expresiva, con ese dramatismo contenido, todo nervio y tensión, que sabe imprimir a sus menores gestos, Bette Davis realiza uno de los papeles más simpáticos e interesantes de su larga y exitosa carrera. Miriam Hopkins, temperamental, exaltada, humanísima, pone junto al barro con que configura su personaje la necesaria lágrima para darle categoría estética. Ambas mujeres hacen palidecer la labor de los otros intérpretes que no alcanzan su fuste artístico, sin embargo de comportarse con encomiable acierto.

Y como quiera que en una revista católica no puede estar ausente de los comentarios que se hagan la calificación moral, hemos de decir de esta cinta, "Vieja Amistad", que sólo debe ser vista por personas de criterio formado.

EL REBELDE

Sin dormirse en los "laureles" de "Noche de ronda", Jorge Negrete vuelve ha presentársenos en "El rebelde", cinta que artísticamente no reune mayores méritos que aquella, pero que merced a la intervención de algunos graciosos personajes secundarios resulta infinitamente menos pesada.

El galán, más bonito que nunca, no se desempeña mal, luce vistosos uniformes militares y canta, canta mucho, para encanto de la bobería romántica de algunas espectadoras que platonizan con sus caídas de ojos y sus sonrisas resplandecientes.

El asunto es algo novelesco, como se estila en aquel medio cinematográfico: un hijo, Jorge Negrete, que quiere vengar la muerte de su padre pero no logra efectuarlo, pues se enamora de la hija del asesino.

En resumen, una cinta que puede verse si a uno no le disgustan los galanes bonitos y las novelas a lo Carolina Invernizzo.

Jeam Emese

Amigos y Maestros de mi Juventud

por

MANUEL GALVEZ

RECUERDOS DE LA VIDA LITERARIA (1900-1910)

(Síntesis de esta última y magnífica obra)

Palabras preliminares

Este libro no es una autobiografía. Si hablo mucho de mí, lo hago como espectador. Ya vendrá más tarde una autobiografía. Aunque nada extraordinario me ha ocurrido, creo que alguna enseñanza útil puede desprenderse de la exposición de mis muchos errores y de mis escasas virtudes. Conviene que de cuando en cuando un hombre sincero revele su alma a los demás. Nada interesa tanto al hombre como el hombre mismo.

Abarca este volumen los primeros diez años de mi vida literaria, que son también diez años de la vida literaria del país. Más adelante, y poco a poco, iré completando estos Recuerdos. En el segundo volumen haré historia de mis novelas, y comprenderá más de veinte años. En el tercero referiré algunos sucesos acaecidos desde 1930 para acá, evocaré las ilustres figuras extranjeras que conocí por entonces y hablaré de las biografías de que soy autor.

Fué el 1900 un tiempo feliz. No había grandes fortunas, pero todos tenían dinero, salvo unos cuantos muchachos que soñaban y escribían versos. Por la calle Florida, todas las tardes, pasaban y repasaban en lujusos carruajes tirados por magníficos troncos, las lindas porteñas, reclinadas con aire desplicente que era de rigor, sin hablar ninguna con su compañera, ni reír, ni mirar a la fila de hombres que las contemplábamos, sino con el rabo del ojo, disimulo exigido por la dignidad, el señorío y la pudibundez de las costumbres.

Nadie se casaba por conveniencia, y las desuniones en los matrimonios eran fenómenos rarísimos. Aún se ignoraba el tango.

No existían en esos años felices ni automóviles que atropellasen a nuestras personas, ni pasquines que atropellasen al honor. Lo único malo de esta época, tal vez consecuencia del bienestar general, era el materialismo que dominaba. Ahora es mil veces mayor, pero ahora hay sectores que viven una alta vida espiritual.

Un estreno accidentado

Soñaba con ser autor. Entrar en los teatros como dueño de casa, intimar con los actores y sobre todo con las actrices, penetrar en esos lugares misteriosos, fascinantes y prohibidos que eran los escenarios, constituía para mis diez y ocho abriles la gloria y la felicidad.

Pero las empresas no tomaban en cuenta mis obras. Era inútil que yo las dedicase al "genial" Rogelio Juárez o a algún otro gran actor español de género chico. El fatídico "vuelva usted la semana que viene" era la respuesta a mis ansiedades. Y así mis obras iban de teatro en teatro, cada vez con nueva dedicatoria... (1).

Pero los fracasos no me desanimaron, y a fines de 1900, *después de haber leído la* Historia de la Confederación Argentina, *de Adolfo Saldías, escribí un drama en un acto:* La Conjuración de Maza. *Su asunto, como puede suponerse, era el mismo que, muchos años más tarde, trataría Paul Groussac en* La Divisa Punzó.

¿Qué sería aquel fruto de mis adolescentes anhelos de gloria? No conservo el original, y a fe que lo siento en el alma.

Polémica de aldea y de adolescencia

Hacia 1900 *existía en Santa Fe un pequeño ambiente literario, aunque, en general, no de muy buena literatura. Libros, apenas se publicaban. Pero en los diarios a pesar de su ferocidad combativa —eran todos de carácter político—, siempre había lugar para los últimos versos de los poetas locales, casi todos uruguayos o cordobeses, o para el artículo del periodista español, o para el "macaneo" filosófico o sociológico del plumífero nativo de la ciudad.*

Los temas literarios daban menos motivos a las provocaciones, pero todas las polémicas, así tratasen de la realidad del Infierno, de las doctrinas de Darwin o de los milagros, terminaban fatalmente en acusaciones de anticasticismo. Interviniese o no el inevitable español valbuenista, cada discutidor reprochaba a su contrario, como un atroz delito, el haber empleado tal o cual palabra que no figuraba en el diccionario (2).

Hugo Wast, al parecer, considera la novela —si bien en sus dos últimas obras ha evolucionado hacia un género que pudiérase llamar "transcedental", en que se mezclan lo verdadero con lo utópico o visionario y que ha nacido de grandes inquietudes políticas, morales y religiosas— como un agradable pasatiempo, en lo cual concuerda con grandes escritores del siglo pasado, como los novelistas ingleses de la Era Victoriana o como el español don Juan Valera y aun el propio Pérez Galdós. A mi juicio, tal vez equivocado, pero sincero porque es la expresión de mi temperamento, la novela no debe tener por objeto sólo divertir sino también reflejar los problemas del tiempo en que vivimos y los problemas eternos del hombre ¿quién tiene la razón en este punto? Me temo que la tenga Hugo Wast, y nada sería de extrañar que la posteridad resolviese en su favor.

En cuanto al conflicto entre la moral y el arte, trascendental para un escritor católico, cada uno de nosotros lo ha resuelto de distinto modo.

---

(1) El autor narra en este capítulo las vicisitudes por que pasó su obra teatral "La Conjuración de Maza". Es imposible sintetizar tan interesantes relatos, por lo que remitimos a nuestros lectores a la obra misma.

(2) Manuel Gálvez alude en este capítulo a los escritores jóvenes santafecinos y con mucha gracia refiere sus primeras polémicas con Hugo Wast, que por aquellos años firmaba con el pseudónimo de Hall Madgyar. (Notas del sintetizador).

Antes de nosotros, los que vinimos al mundo terrestre en el quinquenio 1879-1884, —fechas, naturalmente, sólo aproximadas, salvo en lo que a mí se refiere, pues me consta que ese accidente me ocurrió el 18 de julio de 1882— y al mundo de las letras entre 1900 y 1904, no existió en la Argentina una verdadera generación de escritores. La famosa generación "decapitada" —llamada así porque varios de sus componentes murieron jóvenes— y de la que formaban parte Miguel Cané, Lucio López y Carlos Pellegrini, no fué, en realidad, una generación de escritores sino de políticos, de abogados, de oradores, que escribían algo allá a las cansadas, aunque no faltara entre ellos algún temperamento de escritor auténtico como el antor de Juvenilia y el de La gran aldea.

Mucho más importante que esta generación fué la que suele ser llamada de El Mercurio de América, revista que, bajo la dirección de Eugenio Díaz Romero, apareció en 1898 y murió en 1900. La gran revista contó con el alto patrocinio de Rubén Darío, quien en 1898 todavía estaba en Buenos Aires.

Mi generación pasado el europeísmo inicial, fué ardientemente "nacionalista", dando a esta palabra un vasto significado, no restringido que tiene ahora. Dos escritores de nuestro grupo, Ricardo Rojas en La Restauración Nacionalista, libro aparecido en 1909, y Manuel Gálvez en El diario de Gabriel Quiroga, publicado en 1910, serían los primeros en preconizar un nacionalismo argentino. La obra de Rojas, logró una vastísima resonancia y desde entonces penetró en las conciencias la idea de que la patria necesitaba una literatura, una enseñanza, una política y un arte auténticamente argentinos.

Emilio Becher, aunque sin emplear la palabra "nacionalismo", formuló las mismas ideas esenciales en un bello artículo publicado en "La Nación", en 1906. "Como el arrepentido de la parábola, volvemos al viejo hogar de la patria que abandonáramos, un día de aventura imprudente, por la piara internacionalista".

La revista Ideas, por mí fundada en 1903 y de la que luego hablaré, instalada también en la calle Florida, a dos pasos del cuarto de Ortiz Grognet, y que era el órgano de nuestro grupo, contribuyó poderosamente a agrandarlo y a darle cohesión y fuerza.

Esta generación era heredera del simbolismo. Rubén Darío había dejado en Buenos Aires su huella de genio y de poesía cuando nosotros nacimos a las letras. Pero no obstante que admirábamos y queríamos a Rubén y admirábamos a algunos de sus corifeos, los juzgábamos con libertad de espíritu. La materia de sus versos no nos entusiasmaba. Carecíamos de fervor hacia las princesas, las marquesas versallescas y la Grecia de tercera mano que nos evocaban el maestro y sus discípulos inmediatos. Nosotros éramos mucho menos cosmopolita que ellos y en nuestra subconciencia se agitaban ya, seguramente, las imágenes de los seres y de las cosas de nuestra tierra, que haríamos vivir más tarde en nuestros libros. Nosotros asesinamos a los faunos y a las marquesas de empolvadas cabelleras.

Se ha dicho muchas veces que nuestra generación era positivista y materialista, que carecía de inquietudes religiosas. Nada menos cierto, ni más calumnioso.

Eran materialistas los estudiantes de Derecho, que tenían por un dios a Spencer y por otro dios a Compte, al que, en general, sólo conocían de oídas. Pero en nuestro grupo literario éramos casi todos espiritualistas.

Mi generación reveló los valores de la argentinidad por medio de La restauración nacionalista; inició, mediante El solar de la raza y Las rosas del mantón, una corriente de simpatía hacia la olvidada y calumniada España; difun-

dió por la pluma de Becher y la mía, en tiempos en que nadie se atrevía a nombrar a Dios, ideales y sentimientos religiosos (1).

La revista "Ideas"

Esta generación tuvo un órgano, y este órgano fué la revista Ideas. *Ya se nos llama a los que la fundamos y colaboramos en ella, "la generación de Ideas".*

El conseguir colaboraciones, sobre todo en los comienzos, constituía un problema bastante serio. En esos tiempos no había tantos escritores como ahora. Podían contarse con los dedos de una mano los que escribían cotidianamente. Los viejos, los "consagrados", —indispensables para dar autoridad a la revista— no pasaban de diez o doce y algunos ya no escribían: era el caso de Guido Spano y de Rafael Obligado.

No recuerdo si Pablo Roth, un muchacho de diez y ocho años, ajeno en absoluto a las letras y amigo personal mío, fué el administrador desde el primer momento o no. Lo que sí puedo asegurar es que el inocente se hacía tan quiméricas ilusiones sobre el futuro éxito de la revista que merecía haber sido poeta. ¿No llegó hasta hablar alguna vez del día en que tuviéramos edificio propio?

Ideas *apareció en mayo de* 1903, *es decir, hace cuarenta años. El primer número estaba encabezado por un artículo de Olivera titulado* Sinceridades *—en plural, como se usaba entonces— y que correspondía a los vulgares* Nuestro Programa *o algo por el estilo que suele hacerse en estos casos. El artículo de mi codirector era una severa síntesis de la penuria intelectual del país por esos años, y estaba excelentemente realizado, en una prosa densa y personal, aunque algo relamida y retorcida, pero sin un solo lugar común ni ninguna ingenuidad de muchacho. No podía tener nuestra revista mejor recomendación que esa sobria y sesuda página* (2).

El número de mayor éxito de Ideas *fué aquel en que se publicaron unas páginas en francés, firmadas con el pseudónimo de* Marguerite. *No creo que haya ocurrido en nuestra literatura un caso igual. Numerosos artículos publicáronse para comentar ese artículo: Estanislao Zeballos le dedicó cinco páginas en su revista; Juan Pablo Echagüe más de una larga columna en* El País; *Estrada, sin su firma, una linda página en* El Diario; *y Gerchunoff otra, creo que en* El Tiempo *o en* Sarmiento. *Por primera y única vez se nos agotó un número, y en uno o dos días. Los últimos ejemplares se vendieron a precios fantásticos. Muchas gentes distinguida se enteró de la existencia de* Ideas.

¿De qué trataba el artículo La Jeune fille d'aujourd'hui, est-elle hereuse? *Era un magnífico trabajo de treinta páginas, profundo de psicología y lleno de bellezas, en el cual la autora retrataba a numerosas jóvenes de la sociedad aristocrática. Con ese trabajo Marguerite se había presentado a la encuesta de la autorizada revista parisiense* Fémina *y había obtenido un premio: honor fabuloso entonces —y también ahora—, para una argentina. Acrecentaban el triunfo de Marguerite dos circunstancias: la de ser la única extranjera premiada y la del valer del jurado, en el que figuraban personalidades como Jules Claretie, Henri Barbusse y madame Alphonse Daudet. Marguerite decía no sa-*

---

(1) "Aquí, el autor inserta en la obra pequeñas biografías de sus amigos de juventud y colaboradores de "Ideas".

Véase la sección "Libros" del próximo número, 12 de "SOLIDARIDAD", donde se comenta esta última obra de Manuel Gálvez".

(2) El autor relata sucesos sumamente pintorescos que rebasan esta síntesis y a los que remitimos al lector. — (Notas del sintetizador).

ber si la joven de hoy era feliz, y, a fin de que se juzgase si lo serían o no sus amigas, las retrataba espiritualmente.

El artículo de Marguerite, la joven argentina que, sin haber publicado jamás una palabra, se iniciaba con tanta personalidad, talento y éxito en las letras tuvo la más "grave" consecuencia para el director de Ideas. *Porque Marguerite era Delfina Bunge.*

Los muchachos de aquel tiempo....

En uno de los banquetes con que fué celebrado uno de los aniversarios de la revista Nosotros, *Ricardo Rojas dijo en su discurso, haciendo un parelelo entre los muchachos de* 1900 *y los de ahora, que nosotros éramos respetuosos de los escritores de la generación anterior. Nuestro querido compañero se equivocaba. Habíase olvidado de cómo éramos nosotros. En las revistas, en los cenáculos literarios, en el periodismo subalterno en donde escribíamos, decíamos los mayores horrores de Miguel Cané, de Calixto Oyuela, de Estanislao Zeballos, de Lucio Mansilla, de Enrique Frexas —el gran crítico de teatros de* La Nación*— y varios otros. La diferencia entre nosotros, los nacidos alrededor del* 80, *y los jóvenes de la generación venida al mundo hacia el* 900, *consiste en que nosotros éramos irrespetuosos conversando y raras veces escribiendo y ellos lo son en toda ocasión.*

El escritor en quien nosotros más nos encarnizábamos era Miguel Cané, el admirable evocador de Juvenilia, *el artista que en su libro* El Viaje *había descrito con fuerte colorido y verdad algunas escenas de los países tropicales.*

Cané, como otros escritores argentinos, había logrado una forma que, sin dejar de ser castiza, estaba discretamente influída por la prosa de los grandes maestros franceses.

Era moda, entre los muchachos, abominar de la literatura, y lo hacíamos con la inconciencia, la incomprensión o la insinceridad de los veinte años. Suele creerse, erróneamente, que la juventud es sincera: la juventud también se rige por conveniencias, resentimientos, envidias, entusiasmos ficticios e intereses de pequeños grupos (1).

La bohemia

Al periodismo de estos días, a casi todo el periodismo de estos días, se le puede calificar de "sensacional", en el sentido de que procura, ante todo, dar noticias "sensacionales". Entre la verdad exacta, pero que no interesa mucho, y la mentira que se deja leer y que apasiona, el actual periodismo, generalmente, prefiere lo segundo. No lo critiquemos. El lector es distraído, y así no más no sale de su indiferencia. Hay que sacudirlo, engañarlo, sugestionarlo por medio de mentiras truculentas, o bellas, o fascinantes.

Esta es la causa que engendra tantas leyendas. En nuestro ambiente literario han nacido algunas leyendas, todas las cuales responden a un sentido romántico de la vida. He ahí al escritor de genio, arrastrando su pobreza y su tisis por los cafés, desconocido por la ciudad materialista, sin una mano amiga que lo salve... Este habría sido el caso de Florencio Sánchez, según la leyenda. Millares de personas ajenas al mundillo de los escritores jóvenes de este

---

(1) Manuel Gálvez traza con pluma llena de colorido episodios sobre los dos Emilios: Becher y Ortiz Grognet, sobre Almafuerte, Sicardi y Paul Groussac. Sería empeño inútil tratar de reducir a síntesis estos capítulos magníficos que sólo pueden saborearse íntegros (Nota del sintetizador).

tiempo, o que viven alejados del ambiente literario, están convencidos de que entre 1900 *y* 1906, *más o menos, existió en Buenos Aires una verdadera bohemia, formada por hombres de letras y por periodistas.*

Debo decir, ante todo, que la mayoría de los escritores de aquel tiempo no tenía absolutamente nada que ver con ninguna vida bohemia, verdadera falsa. Eran hombres de situación social, pecuniaria o política, que jamás pisaron uno solo de los "cafés literarios", como se les llama impropiamente. Los pseudo-bohemios éramos una veintena de muchachos y una docena de escritores o periodistas de la generación anterior. No nos asombremos por la escasez del número. En aquellos tiempos era muy reducido el ambiente literario. Eramos pocos los escritores. Aparecían cada diez o doce libros. Existía un solo grupo y era desconocida, por consiguiente, la actual multitud plumífera de ambos sexos.

La mujer estaba en absoluto ausente de nuestras reuniones, cuya castidad hoy parecería incomprensible. No había entonces ni una sola escritora, y nadie se hubiera atrevido a llevar al café a una mujer con la que tuviese un amorío.

¿De qué hablaban, pues, esos tremendos bohemios de la leyenda? De literatura, de ideas políticas y sociales, de religión. Comentábamos y discutíamos a los grandes escritores europeos de aquel tiempo, a Tolstoi, a Ibsen, a Maeterlinck. Nos exasperábamos discutiendo. Eramos exagerados y sinceros.

Creo que los cronistas "sensacionales" confunden la bohemia con la pobreza. Porque, eso sí, no era dinero lo que sobraba en aquel ambiente.

Lecturas y conferencias

Hace cuarenta años, y a pesar de la exigüidad de nuestro medio literario, eran frecuentes las "Lecturas" de poesías, de cuentos, de piezas teatrales y de fragmentos de novelas. Había entre los pocos escritores de entonces, una cordialidad hoy desaparecida. ¿Tal vez porque éramos pocos o por falta de posibilidades de lucro? Ahora hay entre los escritores desconfianza, rivalidades absurdas, hasta verdaderos odios sin motivo. Más de un colega extranjero observó esta actual característica de nuestro ambiente, y algunos de ellos, como Ramón Gómez de la Serna, nos invitó a la concordia y a la comprensión.

En los tiempos que corren, en que la política ha dividido profundamente a los escritores y en que los jóvenes han inventado una "guerra de generaciones" que no existe, sólo son posibles, y dentro de círculos más o menos restringidos, las reuniones de carácter social.

Las lecturas de aquellos años se realizaban en la casa de algún colega y en los cafés o en los bares. No nos limitábamos a hablar mal de los ausentes, como se ve... En mi casa fueron leídas varias piezas teatrales y entre ellas alguna mía, pues mi primera pasión literaria, como ya he dicho, fué el teatro.

Un organizador de lecturas literarias, generalmente de piezas teatrales, era David Peña.

Otro lugar de lecturas literarias era la casa de Manuel Ugarte, situada en la calle Artes, hoy Carlos Pellegrini. Ya he hablado de este amigo al tratar de la revista Ideas.

En aquellos años de 1903 *al* 1905 *no existía la moda furiosa, que sobrevino* mucho *más tarde, por escuchar a los conferenciantes extranjeros. Los primeros que hablaron en Buenos Aires, en* 1908 *y* 1909, *lograron mucha asistencia de público; de público burgués y nada intelectual, Blasco Ibáñez, artistas y escritores, Valle - Inclán. En cuanto a los argentinos, sólo conseguían oyentes si hablaban de política.*

Hemos espigado al azar, párrafos de los primeros capítulos de este último libro del gran escritor argentino. Nuestro esfuerzo por sintetizar toda la obra, han fracasado. Libros de esta naturaleza deben leerse íntegros.

La Marquesa de Specalluzzi

La marquesa de Specalluzzi era una mujer muy simpática y tenía muy mala fama.

La marquesa de Specalluzzi daba grandes fiestas en su casa y andaba siempre muy enjoyada.

Toda la sociedad del país donde ocurre esta historia, asistía a los saraos de la marquesa de Specalluzzi.

Los hombres decían que era encantadora y que sus vinos eran extraordinarios.

Las mujeres decían que probablemente no fuera marquesa y que era bastante cache y que era indigna de codearse con gente decente.

Los niños no decían nada y las opiniones de los ancianos estaban divididas.

Ir a una fiesta ofrecida por la marquesa de Specalluzzi era señal de gran chic.

El lector de este relato estará pensando por qué iban a esas fiestas las mujeres que decían que codearse con la marquesa de Specalluzzi no era digno de gente decente y al autor se le ocurre que porque en las fiestas todo es "diferente".

Lo cierto es que en sus fiestas no se podía dar un paso.

Se decía que la marquesa de Specalluzzi era amante del Dr. Gerardo Terraza, ilustre magistrado del foro nacional.

Se decía que la marquesa de Specalluzzi era amante del general Felipe Festani, destacado jefe del ejército nacional.

Se decía que la marquesa de Specalluzzi era amante de D. Isidoro González, acaudalado industrial y estanciero.

En realidad, se decía que la marquesa de Specalluzzi era amante pasajera de cualquier hombre que tuviera dinero o influencia.

Nadie sabía de dónde sacaba el dinero la marquesa de Specalluzzi pero todos opinaban que debía ser de los bolsillos de los hombres que asistían a sus fiestas en compañía de sus señoras, cuando los tenía a tiro en su casa pero lejos de la compañía de sus señoras.

Lo cierto es que todo el mundo andaba bastante intrigado y decía que esa mujer era peligrosa.

No faltó quien dijera que era espía nazi, aunque bastantes personas perjuraban que era espía aliada.

A ninguno se le ocurrió que pudiera ser espía italiana, aunque en realidad eso hubiera sido lo más lógico.

Un día la marquesa de Specalluzzi supo que la gente decía que era una mujer indecente y que eso estaba muy mal.

Meditó bastante tiempo y llegó a la conclusión que no era indecente.

Las razones para pensar que no era indecente se basaban en su honestísima vida privada, ya que desde la muerte del marqués de Specalluzzi que le había dejado varios millones de libras esterlinas, el único hombre a quien había besado era su sobrinito, lo cual había lamentado muchísimo porque Benito tenía siete meses y los besos a las personas de esa edad suelen tener sus inconvenientes que no es del caso detallar.

Pasando revista a sus otros pecados encontró que nunca había jurado en vano porque no había tenido necesidad, que jamás faltaba a misa de doce, que era huérfana de padre y madre, que le horrorizaba ver sangre, que no necesitaba dienero, que no era mala lengua aunque a veces tenía ganas, que la mayoría de los hombres casados que conocía eran gordos y rechonchos y que se encontraba con demasiado buen gusto para envidiar a las demás.

Siguió pensando y descubrió que llevaba una vida agradable pero muy egoísta.

Notó además que si hablaban mal de ella era porque a veces no cuidaba las formas.

Decidió entonces regenerarse y después de hacer un profundo examen de conciencia, fué a la iglesia y se confesó.

A la otra mañana comulgó y quedó muy contenta.

Y a la otra mañana sacó todas las libras esterlinas del banco y las donó a la Sociedad de Beneficencia, quedando con lo necesario como para un pasar normal.

Poco después la gente se enteró de que la marquesa de Specalluzzi se había regenerado.

Los hombres no volvieron a visitarla porque ahora los convidaba con caña Mariposa, y en cuanto a sus avances, tendrían ahora menos éxito que nunca.

(Gerardo Terraza, Felipe Festani e Isidoro González no confesaron jamás que sus sonrisas y evasivas cuando se les había preguntado si eran amantes de la marquesa de Specalluzzi se debían a furioso despecho).

Las mujeres tampoco volvieron a visitarla porque dijeron que a lo mejor se había chiflado del todo y que mirándolo bien era peligroso que personas decentes se codearan con una dama que tan mala fama había tenido porque aunque sea de rebote, algo puede una salpicarse.

Los niños y los ancianos siguieron imperturbables.

La marquesa de Specaluzzi no dió más fiestas y cuando la madre de Benito Specalluzzi iba a visitarla tomaban té con galletitas de la panadería de la esquina.

El lector de este relato estará pensando que, una vez regenerada, la marquesa de Specalluzzi debió haber caído en los brazos de aquellas mujeres que al criticarla deseaban seguramente su redención y el autor tiene la misma idea pero no se sorprende demasiado que tal cosa no haya sucedido porque conoce algo la naturaleza humana.

Jaime Potenze

Aguafuertes

por Leonardo de Aldama

La Guerra Santa

(y va de cuento)

LOS mellizos Bradley llegaban del cine. Fué una película divertidísima, llena de acción condimentada con un buen romance de amor. Estaba el film bien realizado, cuadros bellos, situaciones graciosas y en uno de los últimos actos una persecución furibunda del héroe que por poco lo matan antes de tiempo.

Luego del cine habían demorado los gemelos (1) largo rato en la confitería haciendo honores a unas croquetas. Sin embargo Susana seguía todavía impresionada por el protagonista. ¡Era tan idéntico, pero tan idéntico al muchacho que conoció en las pasadas fiestas de Navidad! Por su parte a Ricardo le ocurría que luego de ver una cinta de cow-boy los nervios se le ponían en tal tensión que sentía la sangre quemarle las venas de ansias de arrojarse a la conquista de un mundo de fantasmagoría.

Cerraron cuidadosamente el garage. Y ascendieron chacoteando la escalinata del hall. ¿Quién podía dormir en casa antes de la media noche? Y, por otra parte, el Señor Bradley y su Señora, padres opulentos de los mellizos, no regresarían del Colón hasta las dos de la madrugada, porque en aquella noche Martial Singher y Lydia Kindermann cantaban *El ocaso de los Dioses*.

—"¿Se habrá acordado Esther, murmuró Susana, de dejarnos unos sandwiches? Porque te aseguro que las croquetas me han resultado un aperitivo".

—"Pero, por favor, creo que cada veinticuatro horas comes más kilos de sandwiches que lo que pesas".

—"¿Me crees un petirrojo?"

—"Ni más ni menos. Sólo que el petirrojo pica gusanos y tú sandwiches".

UN HUESPED INESPERADO.

SUSANA se detuvo. Y desde el hall, al tiempo que dejaba su elegante saco mostrando la exquisita glacilidad juvenil de su cuerpo delicadamente modelado, pudo observar que todas las luces del comedor, allá dentro, estaban encendidas. —Qué cabeza la de esta chica —pensó— le digo que nos deje la cena y olvida apagar las luces. Ricardo en tanto sintió que le subían del corazón oleadas de coraje parejo al de Tyrone Power cuando con un candelabro batió a dos asaltantes. En ese mismo momento una voz jovial perfectamente conocida resonó desde el comedor:

—"Pronto, mis amigos, si no se apuran no sé qué les quedará acá".

—"El Padre Fernando", exclamaron en un solo grito los mellizos, y se precipitaron en el comedor como una tromba.

—"Hagan de cuenta que están en su casa", dijo riendo el sacerdote, perfectamente instalado en medio de una mesa pantagruélica.

(1) *Gemelos* llaman los cordobeses a los mellizos.

Efectivamente desde hacía rato había él hecho de cuenta que estaba en la suya, porque todo fué llegar a casa de los Bradley, dirigirse al comedor, e iniciar el asalto a la fortaleza de comestibles. Viejo y querido amigo de la familia, honraba aquella cristiana morada con su presencia siempre que llegaba a la ciudad. Amaba de verdad a los mellizos. Celebraba los mimos de Susana y las ingeniosidades de Ricardo, le encantaba oír sus preocupaciones, y constatar el evidente progreso cultural de ambos jóvenes. Ellos, por su parte, reconocían en él un sacerdote y un amigo con quien les era dado intimar más de cuanto pudieran hacerlo con sus propios padres.

La conversación, desde el comienzo, vistió la cordialidad propia de los seres que se tratan en la intimidad de cada día, y muy luego recayó sobre el tema de la cinta que acababan de ver.

—"Viera, Padre, qué simpático es él". Expresó ingenuamente Susana, como si el Padre Fernando pudiera entender quién era él. —"Y tiene ahora un nuevo amor, una chica realmente hermosa".

—"Antes era lindo, interrumpió Ricardo, cómo a uno lo armaban caballero con capa y espada, y cómo salía a luchar hombre a hombre. Hoy le dan al soldado una botella y las bayonetas que le apuntan a la espalda lo fuerzan a salir a tirarla contra un tanque. Antes había aventuras y coraje. ¿Quién sabe ahora contra quién pelea?"

—"La eterna historia, reflexionó el Padre, el cinematógrafo es un ritornelo en torno a unos mismos temas: rejas de jardín, parejas de enamorados, combates a capa y espada, apaches contra fulleros, idilios de jóvenes y bostezos de señoras otoñales".

Susana soltó una estrepitosa carcajada al tiempo que decía: "Hubiera Usted visto la que acompañaba a los novios en la película de esta noche. ¡Qué mujer más cómica. ¿La conoce? Es Edna May Oliver, inteligentísima para hacerse la estúpida. Hacía de dama de compañía y andaba tras de la novia como su sombra negra, aguándole a la pobre chica la fiesta a cada rato. ¡Pobres novios con una de esas!"

—"Cierto, dijo Ricardo. Qué costumbre tan tonta la de la Chaperone". Y destapó un termo cuyo cuello azogado despidió bajo las lámparas un haz de vapor, llenando la estancia de acogedor perfume a chocolate.

—"Figúrese, añadió Susana, qué mujeres estrafalarias las *chaperones*. Suerte que la vida moderna barrió esa ridiculez".

¿QUE ES UNA CHAPERONE?

EL rostro del Padre Fernando se contrajo con un gesto de burlona seriedad.

—"¿Una *chaperone?*", pronunció como si no alcanzara el sentido de la palabra.

—"Sí, —explicó Susana— así llaman a la solterona ácida que hacía antiguamente de gendarme siempre que los novios se veían".

—"¡Ah, sí!, dijo el Padre, creo haber visto una de ellas en el museo de Luján".

—"En el de La Plata, repuso Ricardo, junto con el plesiosaurio, el megaterio y los antediluvianos".

—"¿Y por qué será, añadió Susana, que en las comedias o en las películas siempre les toca hacer de idiotas? Marmaduke festeja a Clarabella. Pues bien; han de verse tan sólo en la sala y bien iluminada, con una mesita de por medio; y como si esto no bastara allá en un extremo hace guarda la tía jamona. Con las antiparras montadas en la punta de la nariz y un rodete ridículo en la coronilla se hace la que teje, pero no saca los ojos de la pareja y estira

todo lo que puede las orejas para no perder palabra. Y el día en que Marmaduke saca a pasear a la novia camino de la montaña —¡qué delicia!— llegan ya a la cima, pues primero ha de cargar el pobre con la canasta de provisiones, luego con el fardo de la tía, y al fin viene la dulce Clarabella. Y vaya un idilio el de allá arriba, frente al vasto paisaje, oyendo los resoplidos de la vieja y viéndola sudar a mares por todos los poros.

El Padre Fernando rió alegremente festejando la mímica con que la hermosa joven representaba el cuadro.

—"¿Cómo, preguntó luego, y ahora se visitan los novios sin compañía de nadie?"

—"En las fiestas, informóle Ricardo, acompaña al grupo de parejas alguna persona mayor: una chica muy formal, un amigo de la Universidad, o algo por el estilo. Algunas veces, pero pocas, asiste la madre o andan por allí los dueños de casa. Y cuando hace alguien de *chaperón* le aseguro, Padre, que no molesta. Es como si no estuviera. Se porta como los tiestos de palmera que se están quietitos en su rincón. Y todo el rato lo pasan allí donde es sabido que no pasa nada. Porque modernamente el acompañante ha de ser tan discreto que no vea ni oiga lo más mínimo".

—"¡Ah, muy bien, muy bien!" exclamó meditativo el Sacerdote.

—"Pero aún en principio, continuó Ricardo engolando un poco la voz y escuchándose a sí mismo como buen universitario, en tesis, digamos, ¿quién va a tolerar que no puedan verse muchacho y muchacha que flirtean sin testigo ocular? Pensar lo contrario es injuriarnos. Querría decir sencillamente que siempre que nos hallamos a solas con las chicas cometemos incorrecciones. Por otra parte, dígame Padre, si yo invito a una amiga ¿he de verme obligado a sacarle entrada al cine también al mastodonte de la tía para que se nos siente al medio? ¿Si doy una vuelta con mi novia en la *voiture* voy a cargar en la capota el fardo ese? ¿No ve que en el mundo actual no es posible? ¡Cómo pudo inventarse semejante clavo!

—"¡Ah, sí! Fué su autor sin duda un vejestorio que tenía la idea disparatada de creer que los jóvenes llevan en las venas sangre ardiente. ¡Qué injuria! Debió juzgar además que los muchachos padecen tentaciones y malos deseos y que poco a poco podrían quizás contagiar de ello a las jóvenes, si se les permitía andar siempre a solas. Imaginen ustedes qué desvergüenza sospechar todo esto de los muchachos. Sin duda en tiempos pasados tuvo alguno, quién sabe quién, la idea descabellada de que un hombre podía profanar a una mujer. Como si un hombre frente a una mujer hubiera sido capaz alguna vez de ser impuro y egoísta y explotador del cariño que se le tenía. Por lo visto, el vejete de cuero y huesos, el arenque aquél que se permitió sospechar tales cosas no conoció ni pío de la vida y de los hombres. Sin duda no asomó jamás las narices a la calle ni vió en su vida una pareja en un tranvía o junto a las tapias solitarias de un convento en las tardes de verano. No sabía el muy sopenco que él y ella si se citan a solas es para sacarse el gusto de rezarle a la Virgen Santísima en común y también para hablar un poquito de asuntos místicos. Ignoraba el besuguillo aquél mal pensado que los jóvenes son caballerosísimos con las niñas, y que cuando las devuelven al hogar las entregan intactas a sus cuidadosos progenitores.

¡Si hubiera imaginado el vejestorio inventor de las chaperones que los jóvenes de hoy, abstemios por lo común, vírgenes casi todos, allende devotísimos de la Sagrada Pasión, y encima sin excepción celosísimos de su inocencia, están habituados a la mortificación de los sentidos; si hubiera visto la modestia de ojos que guardan los hombres ahora, que apenas son capaces de ver una joven a la cara pero ni por descuido se permiten mirarle las piernas; si hubiera sabido que a solas con una niña, sea ésta la que fuere, aún bastante casquivana e insinuante, no piensa el hombre más que en guardarla y custo-

diarla virgencita para su futuro esposo y madre honorabilísima para sus futuros hijos: todo esto si hubiera adivinado el vejete aquél salaz y entrometido jamás habría caído en la estulticia de aplicarle a los enamorados la cataplasma de la chaperone. Díganme ustedes ¿no es cierto que los viejos desconocen el corazón humano? ¿No es cierto que tienen ideas descabelladas?"

A lo largo de este hilván de frases picantes, y a medida que el Padre Fernando iba subiendo de tono, los mellizos Bradley comprendieron más y más la sangrienta ironía. El rostro de Ricardo habíase encendido de sonrojo. Susana estaba visiblemente contrariada. Comprendió el Sacerdote la tensión psicológica de los jóvenes y para ofrecerles una tregua conciliadora dió un sorbo a su taza de chocolate, que aprovecharon los mellizos para cambiar miradas de mutua inteligencia. Luego Ricardo con aire un poco de indignado y otro poco de herido en su amor propio masculló entre dientes:

—"Padre, no me parece muy pulcro que nos trate así".

—"¿Yo?", repuso el sacerdote encogiéndose de hombros y agrandando los ojos como si todo aquello lo hubiera dicho con suma inocencia. "¿Yo los he tratado incorrectamente, mis amigos?"

—"No sé cómo puede usted tener por amigos a personas de quienes piensa tan mal", arguyó Susana.

—"¿Pero, quién está pensando mal, y de quién?" insistió el sacerdote iluminando sus ojos de sorpresa al tiempo que se acomodaba en el sillón.

—"Piense usted lo que quiera de nosotros los jóvenes de hoy, concluyó Ricardo, y júzguenos tan mal como le plazca, yo no podré dejar de ver que la anticuada costumbre del *chaperon* constituía una soberana ridiculez".

USTEDES LO QUISIERON ASI, NOSOTROS SE LO OTORGAMOS

EL Padre Fernando alejó de sí la taza. Corrió un poco hacia atrás el sillón. Se arrellanó en él con distinguida comodidad. Sacó luego del bolsillo un paquetito de Lucky Strike, y con ligero vaivén de cabeza solicitó permiso a Susana para encender el cigarrillo.

—"Bien, muy bien, dijo después con un modo que ni precisaba advertir que se proponía tratar el asunto con profundidad. Los jóvenes modernos reclamaron a sus padres, a sus mayores y a nosotros los sacerdotes, que somos los más desconfiados precisamente porque vemos los problemas humanos con más hondura, que se suprimiesen los testigos, que se dejase a solas a los novios. *¡Delenda est chaperone!* Salieron con la suya. Ahora campean libres de tutela. Tú, Ricardo, invitas a una chica que te es agradable, al cine, al teatro, al golf y sabes perfectamente que nadie los sigue con sus miradas. Tú, Susana, si eres convidada, vas a un picnic en el Tigre llevando por único compañero y único testigo a tu Angel de Guarda. ¿No es así, mis amigos? La pareja puede caminar al anochecer por la calleja solitaria y ensombrecida con absoluto abandono de todas las cosas y con ese imperial desaire por cuanto les rodea tan propio de los enamorados. Pese a los reclamos de los padres —no me refiero a ustedes dos, queridos míos, a quienes sé cuidadosos y prudentes— la pareja moderna se encuentra sola cuando quiere, en cualquier ángulo de esta enorme ciudad apañadora de los peores delitos. ¿Quién de los jóvenes no ha oído hablar de las casas de cita? ¿Las niñas archisociales del gran mundo pagano a las que Prevost llamó *demivièrges* no se ingenian para tener ahora sus *garçornnières*? ¿Les ofendo, mis ángeles?"

Los mellizos acodados a la mesa miraban al Padre Fernando con ojos devoradores. Sabido es que cuando un sacerdote toca este tema todo su auditorio se aprieta en una tensión nerviosa que se adivina en el profundísimo silencio y en la atención espectante. Para evitar tal sugestión y para rodear el asunto

de simplicidad el Padre Fernando prestaba a cada rato cuidados exagerados al menor detalle de sus cigarros, dando la sensación a entrambos jóvenes de que sus palabras brotaban sin atención y casi sin importancia.

—"Sí, ése es el hecho. Los jóvenes lo reclamaron. Fué imposible envenenar con bilis y colerina el trato doméstico entre padres e hijos. Estos triunfaron. Nadie presencia ahora sus coloquios amorosos. Se han abolido para siempre las viejas damas de compañía... *actum est de chaperonibus!*"

Sonrieron los tres.

—"Ustedes lo exigieron así, nosotros nos vimos precisados a ceder. Salieron ustedes con la suya".

El Padre Fernando despidió una bocanada de humo azul —ceniza que se engolfó en el cuenco de la lámpara deshaciéndose en mil volutas multicolores. Siguiólas en silencio con los ojos como si leyera cifrados en ellas quién sabe qué misteriosos designios, o cual si contemplara un presagio extraño.

—"Y bien. Ya nadie los vigila. Los viejos hemos tenido una confianza ilimitada, hemos creído las ponderaciones que ustedes nos hacen de la corrección y pureza que guardan en soledad. Nos dijeron: "Ustedes, vejestorios, no pueden comprendernos. Están ya anticuados. Nosotros no precisamos la presencia de nadie para ser dignos. A solas nos portaremos mejor que con testigos".

Sin duda, porque *cum venisset mandatum peccatum revixit,* que dice San Pablo. Basta que nos digan: no hagan esto para que lo hagamos. Nos dijeron que la presencia misma de una chaperone constituía un desafío: "Si ella está allí quiere decir que los jóvenes hemos de pegársela. Y nos vienen ganas de hacer todo lo que podríamos hacer sin ella. *Peccatum non cognovi nisi per legem,* que quiere decir: la chaperone nos hace pecar, quítenla y nos portarèmos mejor". Los muchachos nos reclamaron indignados: "Pero ¿qué se han creído, viejos caducos, no saben que nosotros somos caballeros? Cuidaremos de nuestras novias y de nuestras amigas si nos las confían a nosotros y no a la vigilancia de una señorona esmirriada y aburrida, que avergüenza llevar al lado".
—Pero, amigos, les dijimos, no faltan entre los mozos de hoy en día, y no se ofendan, pájaros de cuenta que andan buscando su presa, su carne fresca. "Cierto, nos respondieron, pero aun esos desdichados saben respetar a la joven decente y distinguida. Ellos ponen a prueba a la *turra,* a la loquita, a la salaz; pero se los considera canallas y asquerosos si se atreven a cometer una indecencia con la que será un día su esposa o la esposa de sus amigos" ¿No piensan ustedes así, Ricardo? Pues sí, son los jóvenes modernos magníficos caballeros".

El Padre Fernando volvió los ojos a Susana que aprisionaba con ambas manos sus mejillas rozagantes, más encendidas que nunca, mostrando los diez perfectos óvalos rojos de sus uñas esmaltadas.

—"Ustedes las jóvenes protestaban de esta manera: "¿Con qué derecho nos creen perversas? ¿Por qué hemos de tolerar la presencia de una mujer mohosa cuando vemos a nuestros novios? ¿Creen que somos tan bobas que nos vamos a dejar hipnotizar por un hombre? Bien sabemos lo que ellos buscan, y que las que perdemos somos nosotras, porque mujer vencida mujer podrida, en tanto que a ellos, muy satisfechos, de la víctima deshecha de vergüenza, lágrimas y propio asco les importa un bledo. Tú lo quisiste tú te lo ten, nos dirán después de haberse hartado de nosotras al tiempo que vuelen a buscar nuevos programas y nuevas estúpidas". De esta guisa nos hicieron creer que veían con profundidad lo grave del problema y que estaban maduras para afrontarlo a solas. Y más todavía, nos descubrieron que perseguían un propósito apostólico en la soledad dual de las parejas. Con lágrimas emocionadas protestaban que si las dejaban a solas harían santos a los muchachos, que les inspirarían pureza, que más que novias serían sus madrecitas. Y si algún degenerado se

zafaba habría de vérselas al punto con una mujer que sabe hacerse respetar y que es capaz de cantarle al lucero del alba las verdades del barquero.

Cuando los viejos las oíamos decir todo esto, créame Susana, nos saltaban lágrimas de orgullo. ¡Oh la nueva generación! Pues sí. Son magníficas estas doncellas".

El sacerdote tomó el cigarro que olvidado se consumía inútilmente alzando un hilo vertical. No quedaba más que una colilla. Dióle un chupetón de gracia que encendió al vivo el fuego mortecino. Volvióse luego hacia un lado y arrojó a presión la carga de humo. Restregó después sus manos, las apoyó entrelazando los dedos recios sobre la mesa y doblegó el busto apoyando el pecho sobre sus dedos. La amplia frente penetró así en el cono de luz que colgaba de la lámpara y los tres rostros, al amor de una misma lumbre, quedaron unidos como para una delicada confidencia.

—"Sí, las cosas han sucedido de esta suerte. En la vida contemporánea desde el flirteo, y aún antes, desde que simpatizan él y ella se tratan enteramente a solas. Se ha obrado en esto una verdadera revolución social tan trascendente para las costumbres y la moral como la revolución proletaria. Cedieron los padres de familia y aflojamos los sacerdotes engurruñándosenos el corazón. ¡Qué otro remedio nos quedaba! Y se impuso en todas partes: calles, paseos, parques, playas, sierras, cabalgatas, golf, automóvil y yacht la pareja solitaria. Fué un imperativo de evolución histórica y un reclamo de la novísima cultura..."

En el instante mismo en que el Padre Fernando dijo estas palabras enfáticas desde un ángulo arropado en sombras el viejo aparador rococó dejó oír un seco quejido de maderas, las cuales venciendo los ensamblajes modelan premiosamente su alabeo. Susana se escalofrió. Pareciera que conteniendo el aliento y en puntillas las antiguas adustas generaciones, traicionadas por los modernos usos, se aproximaran a escuchar el frío y terrible razonamiento del sacerdote. Este apoyó su barbilla en las manos arqueadas en puente. Bajó los ojos. Inclinó ligeramente la cabeza en actitud orante. Azogáronse sus blancos y largos cabellos sobriamente peinados, y fueron sus ojos dos grandes círculos ensombrecidos.

"Este hecho social gravita más en la vida de una sociedad, pero mucho más de cuanto pueden precipitar su decadencia las revoluciones políticas y económicas. La profunda rebelión de los jóvenes contra los hábitos prestigiosos del pasado en los hogares católicos y en los no católicos (pues todos están obligados a vida moral por idéntico decálogo) se ha producido bajo la promesa formal de los jóvenes y de las jóvenes, según la cual habían de comportarse más honestamente a solas bajo los ojos de Dios, que acompañados bajo los ojos vigilantes de las dueñas y de las ayas".

"Ahora déjenme que les pregunte, queridos míos: ¿Los jóvenes y las jóvenes son hoy de verdad puros? Contéstenme con toda sinceridad. Dígame, Ricardo ¿ustedes protegen la santidad de las jóvenes? Y usted, Susana ¿cree que las jóvenes han vuelto castos y religiosos a los jóvenes? ¿Cómo se portan en los bailes sin testigos en los elegantes salones, como el Alvear, el Tourbillon, o en el club distinguido, no pregunto ya en el populachero ni en las *boîtes?* Cuando se estrechan en el automóvil ¿la conducta de entrambos es la que esa joven futura madre desea para sus hijas? Respóndame, Susana".

El Padre Fernando alzó los ojos a la joven y pronunció el pedido con conciliadora ternura. Los hermanos habían enmudecido.

"No les hablaría así, amigos míos, añadió para suavizarles el apremio, si no estuviera persuadido que son ustedes dos ángeles. Porque únicamente a los puros cabe decirles estas cosas. Los corrompidos se hacen de los escandalizados y ofendidos a la menor sugerencia. Es un hecho curioso. La campesina sencilla y pura no puede menos de ver muchas veces el amor de las majadas

en los rodeos y de las aves en el patio familiar y no se ofende. Todo es santo mientras el pecado no lo corrompe. ¿Quién dijo esto, Susana?

—"Teresita", respondió al punto la joven que ya lloraba por dentro lágrimas de emoción por el elogio que se le tributara.

—"Sí, Teresita. En cambio, que se cuide quien presuma hablar acerca de la pureza a gentes impuras y que vaya con tiento; pues la palabra o la mirada más inocente le valdrá el calificativo de canalla y de perverso. ¡Las que he padecido yo, Dios de mi alma! Pero, *clama ne ceses*. ¡Y cuán congojosos resultan esos fustazos cuando vienen de ciertos fariseos y trapaceros que ni hacen ni dejan hacer el bien! ¡Farautes de maula! Pero en fin el trajineo de la vida monda y lironda nos fuerza a padecer de quienes menos debiéramos respingos y enzainamientos a troche y moche".

Los gemelos perdieron la mitad del sentido, pues las frases brotaban mechadas de casticismo en desuso. Comprendieron sin embargo que el Padre Fernando, luchador indomable, respiraba por la herida, dándoles un respiro a la vez a ellos, que pudieron repurarse un poco del alelamiento provocado por el alegato anterior.

—"¿Qué les iba diciendo, mis amigos?", preguntó entonces.

—"Eso... de que ha sido para peor que nos dejasen a solas", apuntó Ricardo.

—"Y que nosotros dos somos muy buenitos", acotó Susana tomando mimosa con ambas manos el brazo de su hermano y haciéndole un arrumaco.

—"Lo son, lo son. Por eso les hablo con franqueza. *Sancta sanctis*, mis queridos".

—"Y eso ¿cómo se come? interrumpió Susana.

—"Pues así: que sólo a los puros debe hablársele de la pureza. Y a los impuros, *minga*".

Rieron los tres el argotismo.

—"Si todos los sacerdotes, reflexionó Ricardo, nos hablasen como usted, Padre Fernando, créame que los muchachos seríamos mejores".

LOS JOVENES MINTIERON

"NA vez, prosiguió sin más el sacerdote, me encontraba en medio de un nutrido grupo de universitarios en una sesión de Acción Católica. Tratábase allí de lo que ahora trato, y con cruda llaneza. Recuerdo haberles escuchado decir a aquellos muchachos que hoy hasta ellos mismos andan asqueados de su conducta, de qué no darían por ser puros con sus novias. Reprochaban lo que ocurre en el interior de los autos estacionados en paseos y calles solitarias, la promiscuidad en las carpas playeras, las citas en casas apartamentadas, la falta de vestido interior de las chicas, su impudor al arrellanarse en los asientos cruzadas de piernas con esos vestidos esquemáticos que se dijeran hechos para provocar la salacidad muchachil, la propagación de chistes cochinos entre las clases sociales y qué sé yo cuántas cosas más que contaban aquellos jóvenes y que yo, pobre viejo, ni me las sospechaba a pesar del confesionario".

—"¡Oh, oyera usted a las chicas!, dijo Susana. Son de lo más descaradas. Les parece una gracia que las besuqueen en el cine, y de qué manera. Las oyera usted Padre. A mí me parece inmundo que una joven se esconda para eso con un muchacho. ¡Qué asco pensar haya chicas que paguen a tal precio la entrada del cine, el copetín o la vuelta en auto! Es una degeneración. ¿Y qué hacer, Padre Fernando?

Corrieron unos instantes en tan profundo silencio que pudo escucharse cómo llegaba hasta allí el lejano y confuso rumor de la ciudad nocturna.

—"¿Volverán los tiempos del chaperon?", pensó Ricardo.

—"¿Volverán las sayas hasta los tobillos y las solteronas cachacientas a la rastra de las chicas?", agregó Susana.

—"¡Ah, no!, mis amigos, eso no. Las chaperones han desaparecido para siempre. La generación de vuestros padres, que de novios nunca se vieron sin testigos, no puede comprender lo que ocurre a la generación de los novios actuales que de día y de noche andan sin ellos. Esta generación que conoce la realidad espantosa, ni tan siquiera sospechada por sus mayores, se cuidará mucho de dejar a sus hijos solitarios. Los jóvenes de hoy saben las tentaciones de la pareja en soledad. El uno es pólvora y la otra fuego. Ellos conocen las tragedias horribles y secretas del muchacho nacido en hogar tradicionalmente católico que se ve precisado a ocultar enfermedades bochornosas. Ellas llevan fijos el recuerdo de horas agónicas en manos de médicos criminales, infanticidas. ¡Qué horror la conciencia de ese crimen en medio de un hogar santo, en torno a la mesa familiar, con un padre y una madre buenísimos, aunque infinitamente distantes de la terrible desgracia de su hija.

Susana, cuando un joven simpatizante de tu hija venga a tu hogar a buscarla en su coche ¿tú le permitirás que vayan sin testigos a pasar la tarde en una isla solitaria del Tigre?"

—"¡Ay!", gritó la joven por toda respuesta, como si le hubiera salido al paso una serpiente.

—"Los padres de ustedes creyeron demasiado ingenuamente en la promesa que les hicieron. ¿Ustedes a su vez creerán las protestas y juramentos que sus hijos les hagan?"

—"Jamás", exclamaron a un tiempo los mellizos. "Más tarde o más temprano si no se los vigila cometerán barbaridades que cuestan caro. Tal es la verdad pelada y desnuda", acentuó Ricardo con profunda convicción.

—"Entonces, arguyó el Padre ¿que vuelva la chaperone de abanico y de mantilla con su carota amargada capaz de cortar la leche?"

—"¡Pues, que vuelva!", respondieron ambos.

—"¡Desgraciadamente, mis queridos, cada vez es más imposible! Las compañías se las halla en una reunión, en una fiesta, en un paseo, si se quiere. Y si el acompañante posee tino sabe ejercer una vigilancia en nada ofensiva a los jóvenes, antes más bien agradable. Porque quien los ama trata de evitarles la tentación acoplada siempre a la soledad y cuida de no resultarles gravoso. Esto por descontado. La vida social sin embargo crea infinitas ocasiones en que los jóvenes se encuentran únicamente con Dios por testigo. ¡Cuántas desdichas comenzaron en el asensor, en el zaguán, en la puerta de calle, en el tren!

Es preciso que muchachos y muchachas cumplan la palabra empeñada. Ellos de ser tutelares de las jóvenes, y ellas de inspirarles santidad. Pues bien; salvo honrosas excepciones..."

—"Muy, muy pocas, Padre", interrumpió Ricardo.

—"No lo creo así. Tiéndese a exagerar la universalidad del mal. Sé de muchísimas jóvenes que llegan sin una claudicación al matrimonio. Las sé que realizan divinamente el sacerdocio del amor. No pocas introdujeron en el templo al hombre antes sin fe, le llevaron al comulgatorio y le iniciaron en el amor a María Santísima. Fueron verdaderos sacerdotes".

—"Yo, una de ellas", soltó Susana en un pronto de deliciosa candidez.

Los dos hombres sonrieron y la miraron acariciadoramente, porque era así.

—"No consienta jamás, Susana, prosiguió el sacerdote, que alguna compañera suya se permita asegurar en público que no puede ahora la novia ser santa. Quisieran creer que la condescendencia pecadora constituye un hecho común. Y a fuerza de repetir constantemente que no puede ser de otro modo y de andar cuchicheando sus caídas acá y allá, tratan de justificarse. He

ahí un recurso perverso que explotan las vencidas y las desgraciadas para justificar los manoseos y besos impuros y la falta absoluta de carácter. ¿Con que todas hacen lo mismo, con que ya no es posible otra cosa, y que si no pierden el novio? Imbéciles. Así es como lo pierden. Y si llegan con tal novio al matrimonio... Bueno al matrimonio no pueden llegar porque el matrimonio no se ha hecho para las bestias acostumbradas a fusiones momentáneas y al libre amor, ese libre amor que andan predicando por allí en librejos miserables Carter, Villermai y Bertrand Russell. Y perdonen, hijos, haya entrometido a las bestias en nuestra conversación".

El padre Fernando rió francamente el equívoco y se respaldó en su sillón mirando distraídamente el oscuro rectángulo de la ventana por donde entraba una brisa impregnada de frescor nocturno y por momentos un delicioso sahumo de acacias.

—"¡Ay, siga Padre!", pidió Susana, mujer al fin y curiosa, cual si esperara el desenlace de un apasionante cuento policial.

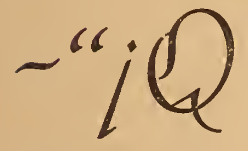
—"Esa es la psicología de innumerables caídas de niñas buenísimas y de hogares excelentes. Al novio cada vez más frío y que simula buscar pretextos para zafárseles, creen ganarlo a fuerza de concesiones pecadoras. Y cuando el redomado las enamoró hasta idiotizarlas, les sale un día con que así decentemente no pueden seguir haciéndose el amor, que enferman, que hay necesidades de hombre de por medio, que el mal de amor no va igual en ellos que en ellas, y que patatín y que patatán, y el tiro de gracia de que o ellas u otras. Las infelices, avivado el celo, dan en creerlos. Lloriquean. Se ahogan, y bueno, por una vez, óyelo bien, nada más que por una vez; y ¡zas! desgraciadas, ahí nomás. Y pensaban las estúpidas que con esas iban a quererlas siempre, siempre, como la primera vez. ¡Estúpidas! Y lo que llorarán después la vida entera tamaña estupidez. Sí, necias pluscuamperfectas. Bien merecido lo tienen, por eso, por necias. Ya está hecha una piltrafa. Pues tomen, tontas, pesquen, veamos, ahora al bagre que las picó.

Tú lo quisiste, requetetonta,
tú te lo ten requetebién".

Los gemelos graciosamente cimbraron la cabeza a uno y otro lado, siguiendo el aire de la copla. Y trataron luego de fijar en la memoria la rítmica aliteración repitiendo a coro:

Tú lo quisiste, requetetonta,
tú te lo ten requetebién". (1)

PARENTESIS PARA "CHICAS GRANDES"


UE amarga la vida, monologó el sacerdote, en esta gran ciudad! ¡Si se pudieran contar las lágrimas lloradas una noche en Buenos Aires! Yo siento profunda compasión más que por las jóvenes de 20 años, por las *chicas grandes* que pasan de los 30, a quienes la vida moral resulta extremadamente dura. Y caen las pobrecitas miserablemente, luego de veinticinco y treinta años de pureza.

Bien me sé que los psicólogos notan la fascinación donjuanesca que ejerce el adultón oculto inmoral sobre la joven distinguida llegada a la brava edad de *chicas grandes.*

Hállase la pobre, como el pez de la redada cuando los hilos se estrechan, en estado de dolorosa tensión. La adultez se le viene encima. Constituir un

(1) Intraducible el original inglés. Yo no se cómo mejor diga esto en castellano, y si me explico con claridad. Perdonen el pasaje resabiado de inglés — (Nota del traductor).

hogar tornase cada vez más problemático. Los padres deploran el caso en secreto para no desesperarla, pero ella adivina lo mismo ese cruel cuchicheo, y desespera más. Asiste a cuanto concierto o conferencia se anuncia para distraer la pesadilla. Las amiguitas del colegio casi todas casadas ya, con sus niños y sus fajines, y ella, la pobre, solita su alma apurando a su San Antonio que se hace el zonzo.

Y, ahí nomás, en la precisa coyuntura cae un buen día el cuarentón del cuento que como el ave de presa olisquea desde lejos a la víctima. Dicho cuarentón es en público notablemente caballero, serio, atrayente; y se sabe también que es trabajador. Los padres de la *chica grande* encantados no paran de ponderar la formalidad y nobleza del nuevo visitante. Es tan serio, tan serio, menta la madre, que con él puede ir sola la niña hasta el fin del mundo.

Y así sucede. El cuarentón enamora a la muchacha. Un domingo la lleva a Burzaco y otro a San Isidro, apretaditos en el auto.

Cuanto estos adultones son irreprochables y finos en público así se truecan bestiales en soledad con la pobre niña. Puede asegurarse que muy pocas jóvenes escapan a sus ardides diabólicos. Y saben ellos mantener durante varios años el embaucamiento sin que los padres de familia lleguen a sospechar siquiera que el correctísimo festejante de la hija la ha convertido en piltrafa humana, amordazada por el propio pudor y forzada a llorar en secreto las impurezas, las perversiones, los crímenes ocultos, y el darse cuenta cada vez más a las claras del engaño de que se la hizo víctima.

En Viena, dice Wharton, al igual que en otras ciudades, médicos, abogados, y profesores solterones, más algunos oficialillos del ejército, integran la bandada de estas aves rapaces que alimenta su lascivia con carne desesperada.

Pero, perdonen hijos, no debía decir esto entre ustedes, todavía muy jóvenes. Discúlpenme. A nosotros los sacerdotes tantas cosas desoladoras nos toca ver que el corazón se nos desmaya y llaga por los cuatro costados, como si le anduviera prieta la cárcel del pecho. Y uno se amarga, se amarga al cabo de tanto andar con el corazón apretujado y lleno de mataduras. Dejémonos, sin embargo, de pesimismos. Todavía hay en el mundo muchachos magníficos, decía recién, como ustedes dos mis hijos; y una buena levadura dijo Dios que podía fermentar una gran masa".

LA GUERRA SANTA

—"EN esta histórica noche, continuó el sacerdote, ha de comenzar aquí con ustedes una santa cruzada. Llamaremos a ella a todos los jóvenes nobles. Hubo en el medioevo una heroica cruzada de niños, idealista, quijotesca, fanática, si se quiere, pero ejemplar y esplendorosa. Han corrido ocho siglos. ¡Dios nos diera que en esta noche iniciáramos acá la *gran cruzada de los jóvenes*, de la que aquella del siglo XII fué sólo un símbolo. Los cruzados de hoy probarán al mundo que los jóvenes pueden ser puros cuando les rodea la soledad. El joven hará el juramento de constituirse como una especie de crucero de escolta de la joven a quien ama, sabiendo que si la daña es tan traidor como el barco de guerra que de repente la emprendiera a cañonazos contra el buque mercante confiado a su vigilancia. Cuidará el honor de la joven con toda valentía. ¿Para qué si nó es del sexo fuerte? Ella, del débil, será el débil bajel que surcará la presente vida borrascosa, bajo el ala protectora del fuerte, sin peligros ni mellas ni zozobras. ¡Ay de los traidores! ¿Qué opinas, Ricardo?"

Desde lo más hondo del alma del joven alzóse una oleada de ansias nobilísimas. ¿Eran una realidad entonces sus sueños de aventuras? Brilláronle húmedos los ojos y se le hinchó anhelante el pecho. De un golpe había comprendido la sublime nobleza de la castidad que exige a los jóvenes la religión

de Jesucristo. Sintióse cruzado de la *guerra santa*, a la que debieran alistarse los jóvenes modernos capaces de sobrellevar con valentía la terrible lucha por la pureza a que les fuerza la vida contemporánea.

—"¡Colosal!", acertó a balbucir henchido de emoción.

El Padre Fernando aproximóse a la mesa. Tomó un cuchillo a la manera de una péñola y empezó a escribir sobre el mantel según iba diciendo:

—"He aquí el código del moderno cruzado que a la joven que ama hace escolta de día o de noche, en público o en privado.

CODIGO DEL NOVIO CABALLERO

(Para corregir las pasiones del propio corazón)

Artículo 1. — Luego de la mutua confesión de amor, sin pérdida de tiempo, el joven preguntará a la joven: ¿Quiere usted ser pura?

Si responde que no:

Tú lo quisiste, requetetonta,

Y los gemelos terminaron:

Tú te lo ten requetebién"

Si responde que sí, que está decidida a luchar por la pureza, dígale el joven: "Entonces, mi amor, no me dejes profanarte. Si es preciso, cuando mis manos se vayan a donde no deben ir, me das una terrible bofetada, y te amaré más".

Artículo 2. — Cuando, a pesar de lo reglamentado en el artículo anterior, el muchacho se propase y pida o se permita esto o aquello, si la chica al tiempo que dice *esto nó* no le da una bárbara bofetada sin piedad ninguna haga de cuenta el mozo que el *esto nó* sin bofetada quiere decir *esto sí*. Y entonces:

Tú lo quisiste, requetetonta,

Y a coro ellos:

Tú te lo ten requetebién"

Artículo 3. — Cuando el joven le paga a la joven el cine, unos copetines, una tarde en auto, en yacht, o a caballo, haga de cuenta que pagó ella, y muéstrese un poco corrido. La joven empero páguele pegándole si se abusa *ut in solitum*. Y si no:

Tú lo quisiste, requetetonta... cantaron a un tiempo los tres, golpeando a compás la mesa con ambas manos. Era un cuadro pintoresco y animadísimo.

Artículo decisivo. — Si él y ella hallasen que se han desmandado en algo, o que han violado los artículos que preceden, o que se han permitido una anécdota picaresca, o alguna frase que pueda dañar los castos oídos...

(*Tú lo quisiste, requetetonta* cantó Susana antes de tiempo y disimuló al punto con un mohín su entrometimiento).

Si algo así ocurriere la novia por autodisciplina pasará un mes o dos según la gravedad de la incorrección sin dar la mano al novio, hasta purgarlo, y si no:

Tú lo quisiste, requetetonta...

No había terminado el ritornelo cuando Susana reclamó *incontinenti*:

—"Ahora es preciso hacer el código de la joven. También nosotras queremos *guerra santa*".

—"Tienes razón, Susana. Porque lo que es la mujer eso de ley común

es el hogar y la sociedad. El hombre en lo moral marcha al paso de la mujer. Lo que me hace oler que está la mujer muy descompuesta en los años que corren".

CODIGO DE LA NOVIA NOBLE

(Para salvar la dignidad de la mujer)

Considerando:

1. — Que la joven viste ogaño en la calle como antaño la *vedette* del *beaudeville* o la bataclana de la *boîte*.

2. — Que muchas señoritas de la *élite* usan con impunidad tácticas tan indecentes para atrapar novios que a una barragana hace veinte años le hubieran valido un arresto a la comisaría.

3. — Que son las casaderas tan audaces que al muchacho que no se les insinúa lo tienen por pavo o si nó se apresuran a mirarse en el espejo sospechando que olvidaron pintarse con el *rouge*.

4. — Allende, constatando que así como la mujer cuando en la playa más allá de la decencia se desnuda desnuda indecentemente a toda mujer, así la joven que se deja insinuar, incomodar o manosear por un muchacho a solas hace que se insinúe, incomode y manosee a todas las jóvenes, volviendo al bello sexo despreciable y tal que de todas ellas llegue el hombre a decir con razón *son una porquería,* como a veces decir se los oye.

Visto y considerado todo esto prescríbese:

Artículo 1. — La novia noble que presuma realizar en su noviazgo los altos ideales del amor de los puros, que es el más fuerte amor, siempre que un muchacho se le propase tenga presente que representa a toda mujer; y por ende juzgue que fué una degenerada la anterior con quien ese muchacho salió, pues lo acostumbró a la porquería que a ella el mozo le reclama, y guárdese de crearle igual situación de escándalo a su sucesora. Medite además cada día que la impura ensucia y traiciona a las decentes y que el peor enemigo de la mujer moral es la mujer inmoral.

Artículo 2. — Amén de lo primero la chica sana ande sobreavisada pues tiene un traicionero de su honradez, que no es el hombre perverso ni la mujer perversa, sino el propio purísimo corazón, el cual enamorado se torna debilucho, se idiotiza y hace caso de pretextos estúpidos, infligiendo graves mellas a la honradez de la doncella. Medite además, cada día que de la dura prueba del amor no se sale a salvo sin temor de Dios, comunión frecuente, y en el mutuo trato mucha luz, pero mucha luz, entre ella y él.

Si ella y él se atienen a la letra de ambos códigos ni la pagana vida moderna ni la soledad han de lograr que sean los novios ahora menos alegres, menos amorosos ni menos santos de lo que sus padres antiguamente fueron bajo los ojos de las guardianas, de las ayas y de los chaperones. Pero, eso sí serán más heroicos, más auténticamente virtuosos, paladines verdaderos de aquella milicia que definió Job a la vida del hombre con voz que viene de más allá de tres mil años, y héroes de la *guerra santa* que ahora comienza en el mundo".

(La honestidad literaria me fuerza a decir que he dudado mucho quién debía firmar toda esta pedagogía, si Daniel A. Lord o yo. La cosa sucedió así: Por la noche antes de las oraciones leí So we Abolished the Chaperone, *escrito por él. Me dormí y alquitaré el cuento en mi magín. A la mañana siguiente lo dije como ustedes lo han leído. ¿De quién es? —Ni mío ni de él, yo creo. Dios haga al menos que la moraleja sea vuestra).*

Crítica y Críticos

DESCONCIERTA y desilusiona comprobar cómo los llamados trabajadores del espíritu se entregan muchas veces a un juego, en total desacuerdo con la crítica verdadera. Más todavía cuando se trata de hombres capaces y de talento, pues, la fe que uno depositara en ellos se derrumba y queda peor que una casa después de sufrir un bombardeo.

El juego practicado es demasiado conocido. Todos parecen gustar de él. Los mediocres porque no poseen medios legales —valores propios— para encumbrarse; los creadores, los que supieron fijar por medio de la inteligencia una obra duradera, porque a riesgo de ser desalojados por aquéllos de sus legítimas posiciones concluyen también por tomar y hasta llegan a superar a los otros en ese juego del elógiame que te elogio.

Pero no por demasiado conocido el mencionado sistema de elogios sin responsabilidad, la crítica puede guardar silencio. Ella también participa y anota sus buenos puntos. Es una colaboradora eficaz como ninguna en la tarea de elevar figuras remedadas "de papel y propaganda". Todas las que hoy se pasean ufanas por los cursillos de las últimas novedades filosófico-literarias débenle el aplauso del público modernista, *capaz de aplaudir el balbuceo de un bebé si en ello hallaran algo novedoso, del momento, aunque no entendieran el significado de una sola be. Por eso la crítica no habla. Lo cual equivale a dejar de juzgar, discernir. Y si la crítica no juzga, no discierne, entonces la crítica no existe. Lo que sí existe es una seudocrítica con finteos y ribetes de crítica. Esto permitió el triunfo de la mediocridad más ofensiva y denigrante y fué valla con la que tropezó constantemente la avanzada de una auténtica cultura.*

Ocupadas las posiciones de privilegio por cierto grupo de pluma, comenzó entre éste, deseoso de no perder ventajas, y el que esperaba suplantarlo algún día, un canje de elogios que favorecía a ambos. Los de abajo ascendían y los de arriba se amarraban. Todo ello fué posible bajo el amparo y protección de las grandes empresas periodísticas. Estas establecieron sus propias listas negras, y llegaron hasta excluir de las simples noticias el nombre de quien figurara en ellas.

Nada pudieron entonces los gritos aislados de algunos que clamaban con voz tronante contra el monopolio de la cultura. Sus falsos representantes llegaron así, al presente, a pisar los últimos peldaños de la ascensión. Los últimos, decimos, porque no nos abandona la esperanza de que pronto comiencen a rodar hasta el primer escalón del cual nunca debieron pasar. Algunos cayeron ya como aerolitos. Mas por ahí andan otros haciendo gala de representaciones poco halagüeñas para los que sienten, piensan, hablan y escriben como argentinos. Sin embargo, hasta esa altura también llegará alguna vez el nuevo viento que está limpiando la patria de uno a otro extremo. Y luego, cuando fuera del sitial usurpado se vean constreñidos a contemplar la grandeza moral, espiritual e intelectual de quienes sufrieron por mucho tiempo el desprecio de la mediocridad ensalzada y protegida por las páginas comerciales del cuarto poder, los veremos figurar en los avisos clasificados con el anuncio común: "se alquila pluma". Anuncio que nunca tuvieron necesidad de publicar porque siempre estuvieron a sueldo, escribiendo lo que quizás no sentían, y colocando por encima de todo otro interés, así fuera el de la propia soberanía política y económica de la patria, el interés personal mezquino y abyecto.

Pero mientras este ardiente deseo de verlos descender para siempre del primer plano no se cumpla, seguirán produciendo seudocrítica y la seudocrítica se encargará de sostenerlos. ¿Por qué la crítica lo permite? ¿Es cierto, como decíamos párrafos arriba, que la crítica no existe? Sí, terriblemente, cierto, pues aparte de ser muy pocos los buenos críticos, algunos no tienen tiempo ni siquiera para registrar todo lo que se escribe y otros, cuando pueden hacerlo, prefieren entretenerse con novelas y novelistas.

Elogio va, elogio viene. En esta nada digna tarea participan escritores de todos los sectores del pensamiento. Y para rendir un tímido homenaje a la verdad se impone el deber de no excluir a muchos católicos. Es desolador comprobar hasta qué punto un buen número de estos últimos se halla dedicado a ese intercambio poco honroso por lo que implica de interesado y de irresponsable. Es una enfermedad grave cuya curación requiere tiempo y una nueva generación dispuesta a voltear los jinetes de la adulación con todo el brío de su pujanza juvenil. Claro está, cuesta vencer el influjo de los intereses creados. No obstante, bueno es recordar la fe que se profesa y no tranzar, cueste lo que cueste, con el acomodo y la condescendencia tímida y cobarde. Porque si nosotros, que debiéramos dar ejemplo de justicia, ecuanimidad, juicio sereno y medido, somos los primeros en despilfarrar adjetivos laudatorios por el hecho de compartir una misma fe, un mismo credo ¿qué podemos exigir a los demás? Aquí es necesario poner los puntos sobre las jotas ya que no se colocan sobre las íes. La jota encierra más reminiscencia española y por ahí puede que entre un poco de aire hidálgico que tanto respiramos bajo otro aspecto.

Una de dos: o no nos atrevemos a decir la verdad —que, a decir la verdad, no es ningún atrevimiento, sino deber y, según se mira, caridad— o bien nos parecemos en algo a aquel famoso crítico del pasado siglo, muy capaz como fué de torcer su pensamiento para adular y quedar bien *con el novelista y la esposa del novelista... De lo contrario tendríamos que confesar algo terrible: nuestra capacidad intelectiva de captar la verdad. Mas no siendo ello posible, es decir, en la certeza de que nuestra inteligencia* conoce, *la alternativa entre uno de los los procederes adquiere fuerza de convicción y nos coloca frente a un serio problema. No decir la verdad, callándola, puede pasar aunque no debiera. Si por medio de la luz natural de mi inteligencia* conozco, *no tengo por qué ocultar ese conocimiento cuando expresarlo contribuye a facilitar y ayudar el conocimiento por parte de los demás. El que silencia evita una responsabilidad inherente a sus funciones y olvida las responsabilidades hacia sus semejantes.*

Pero si además de no decir la verdad, se llega a prescindir de ella para establecer toda una serie de falsos argumentos tendientes a satisfacer el ego propio y ajeno, confundiendo al inexperto lector y asombrando al experimentado, la cuestión adquiere el grave carácter de la época. Y todo lo impreso por el sello "moderno" —entendiendo la palabra "moderno" como lo define el P. L. Franca S. I.— es incompatible con la tradición y la verdadera cultura.

Hace falta la revolución crítica, aunque a los revolucionarios los carguen con motes y calificativos poco y nada agradables. Es preciso terminar con ese canje de elogios, símbolo de la mediocridad más agresiva hacia lo más noble que el hombre posee: el espíritu. Y es imprescindible para ello gritar la verdad con todas las fuerzas, teniendo presente la justicia y caridad cristiana, con las cuales todo esfuerzo se ennoblece y vivifica.

No existe crítica porque no hay críticos suficientes. Los esfuerzos aislados, no alcanzan a determinar la crítica. Esos esfuerzos quedan reducidos dentro de límites que raras veces trascienden. Cuando se ponen de manifiesto hallan siempre un recibimiento frío. La capa de la indiferencia es demasiado gruesa y necesítanse fuertes y sostenidos martillazos para resquebrajarla. Ello debe hacerse con valentía y con arte, porque la crítica es arte. Arte duro y difícil para el cual es imprescindible estar bien equipado. Tener en el carcaj de nuestra

inteligencia las flechas que han de partir zumbando rectamente hacia el blanco no siempre muy visible de los errores, los prejuicios y la sutileza de los sofistas profesionales.

La mejor manera de aprender el ejercicio de la crítica en forma digna, es conociendo cómo la utilizaron los grandes críticos. Ellos nos pueden enseñar, a través de las duras batallas sostenidas en sus medios, los secretos de esa difícil función. No todos supieron cumplirla con fidelidad. Más de uno transó con la comodidad y el triunfo momentáneo e intrascendente. Otros, en cambio, supieron mantener bien alto, la causa defendida y derribaron muchos prejuicios modernos juntamente con sus apologistas. Uno de éstos, todavía no suficientemente comprendido, es Ernesto Hello. Su nombre debiera llenarnos de admiración y entusiasmo. Debiéramos admirar su grandeza, su vuelo señorial por las miserias de un siglo, su obra crítica producto de una pluma acerada, potente como pocas y trasmitidora de la palabra eterna; entusiasmarnos por su lucha y sus desvelos, por su misión purificadora, su defensa tenaz de los principios sustentadores de nuestra razón de ser, para imitarle en esa heroica labor llevada a cabo en un siglo escéptico e incapaz de comprenderle.

Muchos de los que hoy escriben críticas fofas y alambicadas le habrán leído. El solo persistir en las mismas es indicio elocuente de lo vano que resultó tal lectura. Y no lo citan, porque Hello no está de moda. El que está de moda es Chésterton y también Belloc, aunque este último no tanto. Chésterton y las paradojas o las paradojas chestertonianas, según suele decirse, andan llevadas de un lado para otro y aún cuando no las entiendan del todo —a veces ni a medias— creen necesario referirse a ellas para marchar por la corriente y no pasar por ignaro. Lo que sucede con Chésterton hubiera podido acontecer con Hello. ¡Que en algo *se parecen estos dos campeones de la Verdad en las duras batallas periodísticas! Pero Hello no es de este siglo. Pertenece a otra época. Y hoy agrada mucho correr al encuentro de las últimas novedades filosófico-literarias para poder estar en ambiente. Con lo cual Hello continúa sin ser comprendido ni admirado ni imitado. Quizás las siguientes palabras de Enrique Laserre nos expliquen la causa: "Hello no es nada popular, no sólo por carecer en absoluto de escorias que placen a la ignominia de las muchedumbres, sino también porque sus cualidades son de un orden harto elevado para la medianía de los espíritus, para lo que está ya por encima de la plebe, para lo que llamaría, sin echarlo en modo alguno a mala parte, la burguesía intelectual".*

"Para comprender a Hello, es necesario estar, por algún lado, fuera de esa burguesía espiritual. Al menos por ciertas aspiraciones, por la pasión ardiente de la verdad, por la total carencia de temor en el orden de las ideas, por la independencia entera y los atrevimientos de la inteligencia, por la generosidad de la propia naturaleza, por el desdén hacia las cosas viles, es necesario pertenecer a la aristocracia humana. El genio de Hello tiene no sé qué de regio, y para vivir familiarmente con él, es necesario tener en el alma, en la mente, en el corazón, algunos cuarteles de nobleza".

Después de lo transcripto es más fácil comprender por qué a este ermitaño de las letras *nadie lo recuerda aún estando tan difundidos "El Hombre" y "El Siglo".*

Sus críticas alcanzan, a pesar del tiempo transcurrido, a revelar algunas de las miserias ocultas en esa burguesía que todavía nos está representando. Alcanzan también a muchos de los que comparten su misma fe. A esos de primera fila, *como alguien los ha llamado recientemente, y que merced al prestigio del nombre se creen con derecho a no ser juzgados por lo producido, por las obras, "por sus frutos...". Por eso le abonan con la misma indiferencia de la cual Hello tanto se dolía. Con esa indiferencia homicida que mata al genio y salva al mediocre. Y "este homicidio, escribe Hello, no se diferencia en nada del otro. Cuando vosotros asesináis al Escritor, si el Escritor lo es de raza, sabed que*

asesináis también al hombre. Vosotros le abreviáis sus días de los cuales responderéis ante Dios. Vosotros lo asesináis con una igual realidad y precisión que sirviéndoos del puñal.

Vosotros no veis su sangre correr, pero ella corre.

Ella corre, os digo yo, y es la sangre de Abel. Ella clamará desde el fondo de la tierra. Nada apagará esa terrible voz". Su propia voz de profeta, cuyo clamor se escucha hoy como entonces con la misma sonoridad, con un igual repudio hacia la injusticia y el crimen intelectual. Crimen consumado por medio de ese negociado que es el canje de elogios, del cual, lamentable pero necesario es decirlo, viven tantas figuras de primer plano.

Críticos como Ernesto Hello no se repiten a menudo. Convendría, al menos, repasar de tanto en tanto sus críticas. Ellas nos dirán hacia dónde debe inclinarse la pluma cada vez que se dispone a dibujar letras. Nos enseñarán a mirar más allá de una simple actualización intrascendente. Nos gritarán algunas verdades parecidas a ésta: ¡Ea! ¡despierta conservador! La Fe que posees y el Cuerpo a que perteneces no te obligan a conservar los principios milenarios como reliquias, sino a aplicarlos con vigor, justicia y caridad en todos los órdenes de la vida".

Muchas otras verdades nos dirán. De todas ellas podremos deducir la grandeza y miseria de la crítica. Miseria que estamos padeciendo. Grandeza que pudo obtener y no obtuvo, y que para llegar a conquistarla se necesita alguien capaz de repetir y cumplir el verso que, según Papini, se adaptaría como lema de su juventud:

Sólo porque despierten otros vine.

Francisco Miguel Tirelli

Señor suscriptor:

Cuando apareció SOLIDARIDAD, que desde el primer momento significó unión de todos los argentinos para engrandecimiento de la patria y de todos los sudamericanos (particularmente católicos) para unidad del continente, alguien pensó que nuestra revista tendría vida efímera. Publicados los primeros números, no faltaron quienes le atribuyeron fines de propaganda aliada. Si nos hubiera animado esta última intención, habríamos multiplicado avisos comerciales.

A pesar de todos los inconvenientes, nuestros lectores tienen ya en sus manos 550 páginas de lectura densa. Y si desde el primer número no encontramos toda la ayuda que de nuestros hermanos los católicos esperábamos, francamente Dios nos ha ayudado con largueza. La demanda es cada día mayor y los suscriptores aumentan en forma extraordinaria.

Por eso, rogamos a nuestros lectores renueven su suscripción para que no vean interrumpida la serie, porque algunos números materialmente se agotan.

L I B R O S

"DIÁLOGO DEL HOMBRE Y DIOS". Por Jacques Leclerq. Editorial Desclée, de Brouwer; Bs. As.

¡Hay que pensar! El hombre de hoy es cómodo en su manera de razonar. El hombre de la calle y muy especialmente ese personaje moderno llamado "hombre de negocios" agota una cuestión con decir: ¡"lo dice el diario"! (del cual, naturalmente, sólo han ojeado los títulos "por falta de tiempo").

Otro tanto ocurre en el terreno religioso. Los que en él ahondan, (o pretenden ahondar) consideran infalible —y lo es— la palabra de los Santos Padres; pero no es menos cierto que siempre queda algo por decir, sobre lo mismo, sin que la expresión papal pierda veracidad.

Es muy cómodo sin duda, darle fuerza a una expresión, terminándola o intercalado, sin preocuparse mayormente, desde luego, por la coherencia lógica, con una frase de Santo Tomás o de San Agustín, teniendo especial cuidada de rubricarla con el nombre del autor... pero al tomar a los Maestros como instrumento de convicción. ¿Por qué no seguir su ejemplo agregando nuevas ideas y conceptos nuevos sin alterar lo fundamental? San Alberto, tomó la verdad de las fuentes aristotélicas sin que en su obra se trasuntara el paganismo. Su discípulo Santo Tomás toma de él la inmensa verdad, pero agrega sus pensamientos para dejarnos una obra que es admiración de toda la Cristiandad.

El hombre lee mucho y no aprende más que lo que lee, no crea nada o en algunos casos, como dice el autor del libro "No sabemos hablar sencillamente de cualquier cosa" todo lo referimos a lo que hemos leído.

Llama gratamente la atención la obra de Jacques Leclerq por su expresión y su sentido, en su primer capítulo a lo cual se refiere lo antedicho fija el clima y en los sucesivos trata los temas fundamentales: Dios, El Milagro, Criatura, etc., hasta completar trece capítulos en los que se perfila la característica de los escritores franceses modernos, explicando conceptos filosóficos en lenguaje fácil, directo y ameno, rompiendo los moldes clásicos y llegando a la incorrección gramatical, con el fin de otorgar a su expresión mayor claridad.

Del capítulo ¿Por qué Jesús? en el que se plantea la pregunta conocida por todos y que sirve de título y que pone frente a frente a católicos y no católicos, es conveniente dejar la palabra al autor.

"Yo querría contestar a ese "¿Por qué Jesús?" Bien sé que no soy el primero que lo hace; pero siempre hay que volver a empezar, desde que siempre se está repitiendo la pregunta.

A mi entender —prosigue el autor— la respuesta que se espera de nosotros es muy otra cosa que un tratado de apologética. Necesitamos, pues, encontrar una respuesta lo bastante breve para que se la escuche e incline al espíritu a encarar el problema.

Porque quien dice: "¿Por qué Jesús?" no acepta que el problema se plantee. Su respuesta lleva implícita una respuesta admitida de antemano. Decir ¡Hay tantos justos! ¿Por qué considerar sólo a Jesús? equivale a decir: "Ustedes los cristianos son unos energúmenos..."

Con palabra segura el autor después de narrar la constancia de los Apóstoles, da la dificición cabal "Es necesario verle, y seguirle, y escucharle. A simple vista, es probable que sólo parezca un justo entre los demás. Cuando se va en su seguimiento, se va percibiendo poco a poco algo más, hasta que se llega a ver.

Entonces uno ve que él es el Hijo de Dios, y que no hay ningún otro al que podamos seguir".

Nuevamente la casa editora entrega a la circulación una obra profunda, selecta, prolijamente presentada y correctamente traducida del francés por Isabel Molina Pico.

P.E.S.G.

"EL LLAMADO AL SACERDOCIO". Por el P. Octavio Nicolás Derisi.

"Estiman algunos los libros por la corpulencia como si se escribiesen para ejercitar antes los brazos que los ingenios". Recordamos el aforismo de Gracián al cerrar, una vez leído, el breve trabajo del P. Octavio Nicolás Derisi; un volumen mínimo y simpático, pulcramente dado a la estampa por la Editorial "Difusión"; apenas cuatro capítulos, con un epílogo y un apéndice de añadidura, en sólo un centenar de páginas; vale decir un opúsculo, como acertadamente se le denomina en el prólogo; pues, bien, a designio el autor apretó en él erudición y doctrina para que resultase así, leve en la lectura y rico para la meditación.

Sencillas y accesibles para todos, estas páginas se diría que tienen algo de la fresca y penetrante dulzura de las campanas que por el alba llaman a la misa prima. Y con tal eco han de resonar en el corazón de la adolescencia y de la juventud, alboradas de la vida. Más de un elegido, orientado por ellas, dejará las rutas que llevan a la ciudad profana por las recatadas sendas del templo.

El sacerdocio, en sus diversos grados, desde el Sumo Pontífice hasta los presbíteros son exaltados merecidamente por los conceptos del autor en su misión y divinidad de orígenes. Sobre todo, la figura del párroco, asume los nobles caracteres de aquel Buen Pastor de los Evangelios, su primer e insuperado símil.

"La mies es mucha y los operarios pocos, rogad al Señor de la mies que envíe más para recoger la Mies". La vigencia de las divinas

palabras no pasa nunca. El P. Derisi, sacerdote penetrado de su augusto ministerio, lo sabe. Sabe que la virtud es tan bella que los hombres la seguirían instintivamente si la conociesen —al decir de Platón— y que la percepción de la grandeza seduce siempre la voluntad de las almas nobles. Por eso se propuso presentar a la contemplación de sus lectores "una visión integral del sacerdocio y la santidad que tal dignidad implica" y con prudente celo trata de tocar el generoso corazón de los jóvenes y la comprensión de los padres.

Finalizando, diríamos que, con este libro, el P. Derisi, como el apóstol arroja sus redes al mar; y, en verdad, por participación, a él también se le dijo, en la ocasión memorable, que su pesca sería de hombres.

"La tragedia del "Marqués de San Carlos". Por Aldo Armando Cocca.

Apreciamos al joven autor de esta novela. No le conocemos personalmente y ni falta que hace para el caso. Nos basta haber comprobado por la lectura de sus páginas que tiene una noble ambición, capacidad de trabajo, inteligencia y una bella audacia. La crítica responsable no debe malograr estas cualidades con los halagos de un elogio falso. La vanidad es flaqueza connatural al hombre y el aplauso desatinado estimula precisamente ese punto de necedad relajando el necesario rigor de la autocrítica. Nosotros, preferimos dirigirnos a los sentimientos serios que pueda alentar el joven escritor, a su anhelo de perfección, a su amor por la verdad, a su concepto del arte.

Escribir una novela, si se desea realizar un trabajo discreto, es una empresa seria. Requiere no sólo dotes de observación muy ejercitadas, riqueza de fantasía, posesión de disciplinas propedéuticas como la gramática y los conocimientos generales, y abundantes lecturas, sino también haber sufrido, amado, gozado, conocido tipos y costumbres; o, en pocas palabras, haberse empapado de vida; y de los quince a los diecisiete años, tiempo en que confiesa el autor haber escrito su novela, nada o muy poco de esto es posible.

La novela es un género que no admite precocidad. Tan es así, que el novel autor pudo muy bien haberse ahorrado decirnos la edad que tenía al escribir el libro: desde las primeras líneas se nota que es la obra inhábil de un muchacho.

En resumen, que el joven Cocca debe estimar como insincero o necio cualquier elogio que se haga de su novela que es mala. Nadie lo va a seguir a través de las cuatrocientas páginas de su relato, salvo alguien que, como un médico, haya tomado sobre sí el deber de hacer un diagnóstico a conciencia.

No se apene por eso el señor Aldo Armando Cocca. No se encuentra en mala compañía. Muchos literatos de renombre empezaron como él, con un infundio imponente y desgarbado. Sólo que los más tuvieron a su lado personas que, sin falsa piedad, a tiempo los disuadieron de llevarlas a la imprenta. Son cosas que deben escribirse, pero, inexorablemente, tienen que romperse una y diez veces hasta que el oficio esté hecho.

Volvemos a lo que dijimos al principio: el joven autor revela en su obra noble ambición, capacidad de trabajo, audacia, inteligencia, potencia de narrador, fantasía, sentido del paisaje... le falta practicar, largamente, lo que Lope de Vega dice en La Dorotea, *del difícil arte de escribir:*

"¿Cómo compones? —Leyendo;
y lo que leo, imitando;
y lo que imito, escribiendo;
y lo que escribo, borrando;
de lo borrado, escogiendo."

Y tampoco ha de empezar "mordiendo más de lo que pueda masticar", conforme al conocido dicho indio. Primero ha de ensayar sus fuerzas en empresas de menor aliento: el cuento, el artículo, la novela corta... Y recién cuando sea dueño de su pluma, pero sobre todo cuando la vida lo haya empapado como el agua del mar a las esponjas, intente la gran novela, que recién entonces nos podrá ofrecer un relato legible, un relato que merezca el aplauso que hoy no le podemos dar.

M. S.

